

LA REINA DEL SISTEMA UTA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

FABÁ



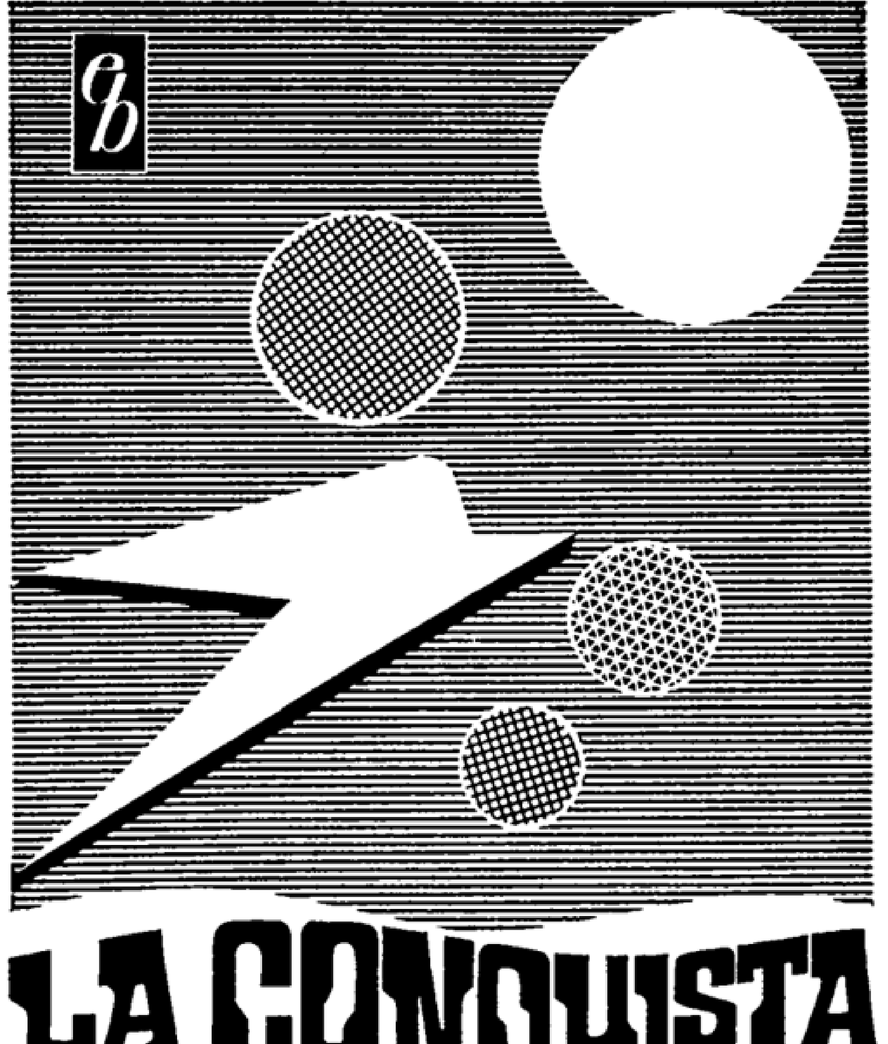
BOLSILIBROS BRUGUERA

LA REINA DEL SISTEMA UTA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

FABÁ



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

353.— Preludio para el apocalipsis - Kelltom Mclntire.

354.—Poder absoluto - Glenn Parrish.

355.— Nido de monstruos - Kelltom Mclntire.

356.— El enigma de Airón - Alf Regaldie.

357.— Surgieron de las profundidades - A. Thorkent.

JOSEPH BERNA

LA REINA DEL SISTEMA UTA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 358

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 16.785 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Tritón-VIII.

Una de las astronaves más modernas y poderosas de cuantas se conocían en el año 2018.

Movida por reactores atómicos, era capaz de alcanzar fantásticas velocidades.

Roy Grahame, comandante de la Tritón-VIII, pulsó una de las teclas blancas que se alineaban en la parte inferior del aparato electrónico que tenía sobre la mesa de su despacho, a su izquierda, y en la pantalla, de unas doce pulgadas, apareció un rostro bonito.

—¿Sí, comandante? — dijo la joven.

—Sírveme un café, June — pidió Roy.

—En seguida, comandante.

—Gracias.

Roy Grahame pulsó esta vez una tecla roja, la única que había de este color, y la imagen desapareció.

El comandante de la Tritón-VIII contaba sólo treinta y dos años de edad, y era alto, de fuerte constitución, cabello negro, muy abundante, cejas espesas, ojos verdes, mentón firme.

Estaba sentado en un sillón, tras la mesa, sobre la que se apilaban, en el lado derecho, un elevado número de carpetas amarillas.

Todas ellas contenían informes de gran interés para el C.I.E. (1).

Dichos informes eran el fruto del viaje de exploración espacial de la Tritón-VIII, que había permanecido lejos de la Tierra treinta días justos.

Roy Grahame atrapó la cajetilla de cigarrillos, se llevó uno a los labios, cansinamente, y le prendió fuego con su encendedor electrónico.

(1) = Centro de Investigación Espacial.

Aspiróel humo con verdadero placer, expulsándolo después pausadamente.

Le pareció que era el mejor cigarrillo que había fumado en su vida.

Y, sin embargo, era idéntico a los diez o doce que había consumido en las tres últimas horas, y cuyas colillas yacían en el fondo del cenicero que descansaba sobre la mesa.

Tres horas de trabajo agotador.

Sí, porque agotador había resultado revisar, uno por uno, y con la máxima atención, todos los informes que contenían aquel montón de carpetas amarillas, convenientemente rotuladas todas ellas.

Pero ya había concluido la ardua tarea.

Esta, y no otra, era la razón de que al comandante de la Tritón-VIII le pareciese que el cigarrillo que acababa de encender era el mejor que había fumado jamás: haber concluido la tarea.

Roy Grahame había hecho algunas rectificaciones, y ahora, a pocas horas de entrar nuevamente en la Tierra, la totalidad de los informes estaban en condiciones de ser entregados, por él personalmente, en el C.I.E.

Roy estaba satisfecho de lo logrado en aquel viaje, y esperaba que los científicos del C.I.E. también lo estuviesen, una vez revisados todos los informes.

En realidad, la Tritón-VIII no había defraudado nunca al retornar de uno de sus viajes de exploración por los espacios siderales.

Roy Grahame, pese a su juventud, figuraba en la lista de los mejores y más expertos comandantes que estaban actualmente al servicio del C.I.E. Era un hombre intrépido, audaz, inteligente, y poseía un don especial para valorar a las personas al primer golpe de vista.

Él había elegido personalmente a todos y cada uno de los miembros de su tripulación, veinticuatro personas en total, de las cuales doce eran hombres, y las otras doce, mujeres.

Cada vez que Roy era felicitado al regresar de uno de sus viajes, él respondía que todo el mérito había sido de su tripulación.

Lo era en buena parte, desde luego.

Pero sin Roy Grahame...

Esto era lo que el profesor Edward North, director- jefe del C.I.E., solía decir, aunque con otras palabras: «Toda orquesta sinfónica, por excelentes que sean los músicos que la componen, precisa de un buen director para sonar bien.»

Roy, cada vez que oía pronunciar esta frase al profesor North, se echaba a reír.

El comandante de la Tritón-VIII se llevó de nuevo el cigarrillo a los labios.

Justo cuando inhalaba el humo, llamaban a la puerta.

—Adelante — autorizó Roy, expulsando el humo por los orificios nasales.

La puerta, de forma ovalada y cierre hermético, se abrió, dando paso a June, que portaba una pequeña bandeja metálica.

La joven cerró la puerta y se acercó a la mesa del comandante Grahame, sobre la cual depositó la bandeja.

—Su café, comandante — dijo, con una encantadora sonrisa en los labios, llenos, rojos, sumamente sensuales.

—Gracias, June — respondió Roy, atrapando la taza de humeante café.

Echó en ella dos terrones de azúcar.

Mientras ayudaba a su disolución removiendo el negro líquido con la cucharilla, observó a June.

La verdad era que había mucho que observar, porque la joven, que sólo contaba veintidós años, vestía, como todas las mujeres de la tripulación de la Tritón-VIII, una ligera blusa y una breve faldita, de color verde claro ambas prendas. Completaba su atuendo un ancho cinturón blanco, unas mallas negras, muy finas, y unas botas de flexible piel, verdes también, que llegaban hasta las rodillas.

Desde éstas, hasta el límite inferior de la faldita, quedaban los centímetros suficientes para poder admirar la perfección de los muslos de la muchacha, largos y esbeltos.

June tenía, además, una cintura estrechísima, que realzaba la amplitud de sus caderas, y unos senos altos, turgentes, agresivos, que se dibujaban perfectamente a través de la delgada blusa, pues la joven no era amante de utilizar nada que oprimiese su pecho.

A Roy Grahame le parecía muy bien que June no fuese partidaria del sujetador. Entre otras cosas, porque saltaba a la vista que la joven no necesitaba para nada aquella prenda.

June, que tenía una hermosa cabellera rubia, no se puso nerviosa al verse observada tan detenidamente por Roy Grahame. Al contrario, parecía complacerle.

—¿Está bueno, comandante?

—¿El qué?

—El café.

—Oh, sí, excelente — sonrió Roy, volviendo a la realidad—. No conozco a nadie que prepare el café como tú, June.

—Muchas gracias.

—Creo que es por lo único que siento que hoy regresemos a la Tierra: no podré volver a saborear tu café hasta nuestro próximo viaje.

June compuso un mohín pícaro.

—¿Sólo le gusta de mí el café que preparo, comandante?

—Por supuesto que no, June. Tú todo lo tienes precioso.

—Sin embargo, ni en éste, ni en los anteriores viajes, me ha dedicado usted unos minutos…

Roy carraspeó nerviosamente.

—Es que yo siempre ando escaso de tiempo, June. Tengo tantas cosas que hacer…

—Excusas, comandante. Si uno se lo propone, siempre encuentra unos minutos para poder hacer aquello que desea. Si lo desea realmente, claro.

Roy no respondió.

Se acercó la taza a los labios y apuró el café.

—Puedes llevarte esto, June — indicó, dejando la taza vacía en la bandeja.

La joven, en lugar de coger la bandeja, rodeó la mesa y se sentó sobre las rodillas de Roy Grahame, cuyo cuello se apresuró a cercar con sus brazos, entrelazando las manos.

—¿Qué haces, June? — dijo él, sorprendido.

—Quiero que me dé un beso, comandante.

—June…

—Ahora tendrá que darme dos, por protestar.

—Estás loca.

—Por usted. ¿Es que no se da cuenta?

—Oh, vamos, no digas tonterías…

—No son tonterías, comandante. Me tiene usted chiflada desde que lo vi por primera vez, y ya me he cansado de que se conforme con saborear mi café. Quiero que me saboree también a mí.

—¡June!

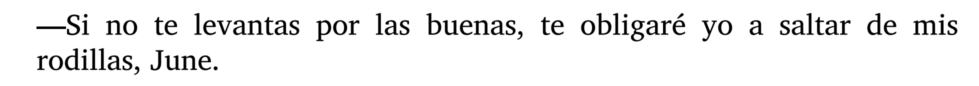
—¿Sí, comandante?

—Ya te estás levantando y saliendo de mí despacho.

—Después.

—¿Después de qué?

—De que me haya triturado usted las costillas con sus fuertes brazos, de que me haya besado con pasión…



—Si no te levantas por las buenas, te obligaré yo a saltar de mis rodillas, June.

—¿Cómo?

—Dándote un soberano pellizco.

La joven sonrió atrevidamente.

—¿Dónde, comandante?

—Donde tú estás pensando.

—¡Oh, qué bien! Ya está tardando, comandante.

Roy Grahame se pasó la mano por la cara.

—June, te suplico que…

El comandante de la Tritón-VIII no pudo acabar la frase, porque la joven aplastó de pronto su boca contra la de él y le impidió continuar.

Roy se quedó paralizado.

Pero su parálisis duró sólo unos segundos.

El beso de June, ardiente, experto, apasionado, merecía ser devuelto, y Roy se lo devolvió.

Vaya si se lo devolvió.

Y la estrechó contra sí, con fuerza, como ella quería.

En aquel preciso instante, la puerta se abrió, dejando ver a una joven de cabello rojizo, muy hermosa, alta, esbelta.

Se le podían conceder unos veinticinco años.

Sobre la fina blusa y la corta falda, llevaba una bata blanca, abierta, lo cual permitía observar unas piernas que nada tenían que envidiar a las de la atrevida June.

Los ojos de la joven pelirroja, intensamente azules, llamearon al presenciar la escena.

Escena que, por cierto, se vio interrumpida un par de segundos después de que la bella muchacha abriese la puerta.

Roy Grahame respingó cómicamente al descubrir a Samantha Fleming.

—¡Samantha! —exclamó, con los ojos muy abiertos.

—¡Doctora Fleming! — exclamó June, respingando también.

Se dio mucha prisa en soltar el cuello del comandante Grahame y se puso en pie al instante.

Roy también se levantó.

Al ver de qué modo le miraba la doctora Fleming, se apresuró a decir:

—No es lo que usted se imagina, Samantha... Verá, sucedió que yo estaba sentado y... Bueno, resulta que June estaba de pie y...

Samantha Fleming elevó orgullosamente la, barbilla.

—Ahórrese las explicaciones, comandante Grahame. No son necesarias.

Dicho esto, dio media vuelta y desapareció.

—¡Samantha! —llamó Roy, corriendo hacia la puerta.

Cuando se asomó, la doctora Fleming ya no se encontraba en el corredor.

Roy rezongó una imprecación.

—Lo siento, comandante — murmuró June, estirándose la faldita.

—Más lo siento yo — gruñó él.

—¿Cómo fue que la doctora Fleming abrió la puerta sin llamar?

—Tal vez llamó, y nosotros no la oímos.

—No, no llamó; estoy segura.

—Bueno, no importa. El caso es que nos sorprendió besándonos, y ya veremos qué explicación le doy.

—¿Hay algo entre la doctora Fleming y usted, comandante?— se atrevió a preguntar June.

Roy tardó unos segundos en contestar.

—No, no hay nada.

—Y si lo había, se ha ido al traste por mi culpa...

—Te repito que no hay nada, June.

—Está bien, comandante.

—Puedes retirarte, June.

—Sí, comandante.

June atrapó la bandeja y salió del despacho del comandante Grahame, dirigiéndose a la cocina.

Segundos después, era Roy Grahame quien abandonaba el despacho.

Vestía un traje de una sola pieza, totalmente amarillo, excepto el cuello y los puños, que eran rojos. También eran rojas las franjas que, desde el cuello, bajaban, a lo largo de los brazos, hasta los puños. Del cinturón, muy ancho, pendía una funda, en la que descansaba una pistola de rayos láser.

Roy se dirigió al dispensario de la doctora Fleming.

Suponía que ella se encontraba allí.

No se equivocó.

Al verle entrar en el dispensario, los ojos de Samantha Fleming volvieron a llamear.

—¿A qué ha venido, comandante Grahame?

—A explicarte lo sucedido, Samantha.

—Le ruego que no me tutee.

—Cuando estamos a solas siempre nos tuteamos... — recordó Roy.

—Eso se acabó, comandante.

—¿Por qué? ¿Por un simple beso dado a otra mujer?

—¡A mí no me pareció tan simple! ¡Estabais los dos estrechamente abrazados y os besabais con unas ganas tremendas!

—Yo no quería, Samantha.

—No, ¿eh? ¡Pues, anda, que si llegas a querer...!

Roy tosió nerviosamente.

—Bueno, lo que quiero decir es que yo no...

Se interrumpió.

Yno porque se lo ordenara la enfurecida Samantha Fleming.

La razón fue otra.

Ymucho más grave.

Las señales de alarma de la astronave se habían puesto a sonar.

CAPITULO II

Sin cambiar una sola palabra con Samantha Fleming, Roy Grahame salió del dispensario y corrió hacia el puente de mando.

La doctora Fleming no quiso quedarse en el dispensario.

Corrió también hacia el puente de mando.

Roy Grahame lo alcanzó en apenas diez segundos.

—¿Qué diablos ocurre, Peter?

Peter Hopkins, el encargado de vigilar el radar, tenía los ojos fijos en la pantalla del mismo.

—¡ Observe esto, comandante!

Roy clavó los ojos en la pantalla.

En la parte superior de la misma, habían surgido tres puntitos intermitentes.

Roy los observó con atención.

—¿Qué cree que pueda ser, comandante? — preguntó Hopkins, un tanto nervioso.

—No tengo la menor idea, Peter—respondió Roy—. De lo que no hay duda es de que, sea lo que sea, viene hacia nosotros.

—Directamente hacia nosotros — añadió la doctora Fleming, situada a la izquierda de Roy Grahame.

—Ya gran velocidad — apostilló Mike Bentley, que tenía a su cargo el manejo de la pantalla telescópica, en la cual, por el momento, no aparecían los tres objetos móviles detectados por el radar.

—En unos segundos lo tendremos en la pantalla telescópica— dijo Roy Grahame.

Todos miraron hacia ella.

Los objetos volantes detectados por el radar de la Tritón-VIII, no tardaron en aparecer en la pantalla telescópica.

—¡Parecen cohetes! — exclamó Bentley, con ojos agrandados.

—¡ Cohetes atómicos! — gritó Hopkins.

—¡Y nosotros somos el blanco! —adivinó la doctora Fleming, empalideciendo.

—Desde luego, son cohetes atómicos — dijo Roy Grahame, sin perder la serenidad —. En cuanto a lo de que nosotros seamos el blanco... ¿Alan?

—¿Sí, comandante? — respondió Alan Remick, el piloto de la Tritón-VIII.

—Varía el rumbo.

—A la orden, señor.

Remick modificó el rumbo de la astronave.

Roy Grahame observó de nuevo la pantalla del radar.

—¡Los cohetes también han modificado su trayectoria, comandante! — exclamó Peter Hopkins.

—¡La Tritón-VIII es su objetivo! —aulló Mike Bentley.

—Sí, ya no hay ninguna duda — tuvo que admitir Roy—. Alguien desea destruir nuestra astronave y acabar con todos nosotros.

—¿Lo conseguirán, comandante? — preguntó Samantha Fleming, con un hilo de voz.

Roy la miró.

Sonriendo, para tranquilizarla a ella y al resto de la tripulación, aseguró:

—No es fácil destruir a la Tritón-VIII, doctora. Y se lo vamos a demostrar a nuestros misteriosos enemigos.

—¡Los cohetes siguen aproximándose, comandante! — advirtió Hopkins, que tenía la sensación de que el traje, de una sola pieza, y color marrón, con franjas azules en los brazos, idéntico a los que utilizaban los demás hombres de la tripulación, no le tocaba el cuerpo.

—Tranquilo, Peter. Nosotros también tenemos cohetes atómicos, ¿no?

—¡Dos docenas, comandante! —gritó Bentley, casi sin darse cuenta.

Roy Grahame rió.

—Nos van a sobrar bastantes, Mike, ya lo verás. ¿Verdad que nos van a sobrar, Lee?

Lee Fowler, el encargado de disparar los cohetes atómicos que llevaba la Tritón-VIII, forzó una sonrisa y respondió:

—Eso espero, señor.

—Seguro. Bien, Lee, cuando yo te diga, lanza los tres primeros.

—Sí, señor.

Roy Grahame observó la pantalla del radar.

Cuando creyó que era el momento oportuno, hizo una indicación a Fowler.

Este oprimió los dispositivos de lanzamiento de los cohetes UNO, DOS y TRES.

Los proyectiles atómicos partieron veloces como rayos en dirección a los cohetes enemigos.

En la pantalla del radar aparecieron otros tres pun- titos intermitentes.

Correspondían a los cohetes atómicos de la Tritón-VIII.

Los puntitos intermitentes iban acercándose unos a otros.

Ya estaban muy próximos.

Roy Grahame contuvo la respiración.

La doctora Fleming y los demás miembros de la tripulación ya hacía algunos segundos que habían contenido las suyas.

El momento era de gran tensión.

Todos sabían que sus vidas estaban en juego.

En el último instante, inesperadamente, los tres puntitos intermitentes que correspondían a los cohetes atómicos de la Tritón-VIII se desviaron ligeramente de su trayectoria, correcta hasta entonces.

Como si tuviesen miedo de encontrarse con los proyectiles enemigos, y en lugar de chocar contra ellos, prefiriesen pasar por su lado, sin rozarlos siquiera.

Hopkins, Bentley, Remick y Fowler se quedaron con la boca abierta,

También la doctora Fleming.

Roy Grahame, no menos perplejo que ellos, gritó:

—¡Haz estallar los cohetes, Lee!

Fowler se apresuró a accionar el dispositivo correspondiente.

La terrible explosión llegó a oírse en el interior de la Tritón-VIII, y la onda expansiva hizo temblar durante unos segundos la poderosa astronave.

En la pantalla del radar, los puntitos intermitentes quedaron reducidos a tres: los correspondientes a los cohetes enemigos.

Seguían viéndose los tres perfectamente en la pantalla telescópica.

Roy Grahame lanzó una maldición.

—Nuestros cohetes han estallado demasiado tarde — rezongó.

—No entiendo lo que ha pasado, comandante — dijo Hopkins.

—Ni yo — dijo Bentley.

—Nuestros cohetes se desviaron de su trayectoria en el último momento, cuando estaban a punto de chocar contra los proyectiles enemigos — murmuró Remick.

—¿Cómo se explica eso, si nuestros cohetes se guían por radar, comandante? — preguntó Fowler.

—Por el momento, no hay explicación ninguna, muchachos— respondió Roy Grahame—. Y tampoco tenemos tiempo para buscarla. Los cohetes enemigos siguen acercándose a nuestra astronave. O los destruimos nosotros a ellos, o ellos nos destruirán a nosotros.

—¿ Cómo vamos a destruirlos, si nuestros cohetes se desvían en el instante preciso para evitar el choque con los proyectiles enemigos?— repuso Remick, el piloto.

—Los haremos estallar en el momento justo en que se crucen con los cohetes enemigos.

—Eso va a ser muy difícil, comandante — opinó Fowler, pesimista.

—Yo no he dicho que sea fácil, Lee; pero debemos intentarlo. No hay otro modo de destruir los proyectiles enemigos. Con la ayuda del

radar, y un poco de suerte, lo lograremos.

—Dios lo quiera — musitó Samantha Fleming, cuyo rostro no recobraba el color.

—Vamos, Lee, preparado para lanzar otros tres cohetes — indicó Roy Grahame.

—Estoy listo, comandante.

Roy observó la pantalla del radar.

Segundos después, hacía una indicación a Fowler.

Este disparó los cohetes CUATRO, CINCO y SEIS.

Inmediatamente aparecieron los tres puntitos intermitentes en la pantalla del radar.

Aproximándose a los otros tres.

Roy Grahame, el brazo derecho en alto, fijos los ojos en la pantalla del radar, indicó:

—Cuando yo baje el brazo, Lee, haz estallar los cohetes.

—Entendido, señor.

Todo el mundo contuvo de nuevo la respiración.

La mano de Lee Fowler, muy cerca del dispositivo que hacía estallar los proyectiles atómicos instantáneamente, temblaba visiblemente.

—¡Ahora, Lee!—ordenó Roy Grahame, bajando el brazo.

Fowler hizo estallar los cohetes.

Como esta vez hicieron explosión mucho más cerca de la Tritón-VIII, debido a que la proximidad de los cohetes enemigos era también mucho mayor, el terrible estallido llegó nítidamente a los oídos de todos, ensordeciéndolos por un instante.

La astronave, por esta misma causa, se conmovió de un modo casi alarmante, sacudida por la poderosa onda expansiva.

La doctora Fleming se agarró instintivamente al comandante Grahame, para no perder el equilibrio y caerse al suelo.

En la pantalla del radar sólo aparecía ahora un puntito intermitente.

Quedaba un cohete enemigo.

Podía verse por la pantalla telescópica.

Ycontinuaba acercándose a la astronave.

La distancia era ya muy poca.

Si los próximos cohetes de la Tritón-VIII no lograban destruir el proyectil enemigo, no quedaría tiempo para efectuar otro lanzamiento.

No hizo falta que Roy Grahame lo comunicase a los miembros de su tripulación.

Por sus caras, se adivinaba fácilmente que todos se daban cuenta de su crítica situación.

De su casi desesperada situación, más bien.

Roy Grahame gritó:

—¡Lee, preparado para lanzar seis cohetes más!

—¡Estoy preparado, señor!

Roy miró la pantalla del radar.

—¡Lánzalos, Lee!

Fowler accionó los dispositivos de los cohetes SIETE, OCHO, NUEVE, DIEZ, ONCE y DOCE.

Los seis cohetes atómicos partieron veloces al encuentro del único proyectil enemigo que no había podido ser destruido en los dos lanzamientos anteriores.

Inmediatamente se reflejaron en la pantalla del radar.

La tensión, entre los tripulantes de la Tritón-VIII, era ya máxima.

Samantha Fleming seguía cogida a Roy Grahame.

Este, sin perder de vista un solo instante la pantalla del radar, rodeó con su brazo izquierdo los hombros de la atractiva doctora- El otro, el derecho, lo mantenía en alto, para bajarlo en cuanto calculase que los cohetes de la Tritón-VIII estaban casi a la altura del proyectil enemigo.

Yeso sucedió muy pronto.

—¡Ahora, Lee! —gritó Roy, bajando el brazo con brusquedad.

Fowler accionó el dispositivo y los seis cohetes atómicos estallaron a la vez.

La explosión fue tan tremenda, que causó daño en los órganos auditivos de cuantos se hallaban a bordo de la Tritón-VIII.

La potente onda expansiva zarandeó la astronave de tal modo que la mayoría de los miembros de la tripulación rodaron por el suelo como pelotas.

Entre ellos, el comandante Grahame y la doctora Fleming.

Abrazados el uno al otro.

Por fin, la astronave dejó de moverse.

Los ojos de todos volaron rápidamente hacia la pantalla telescópica.

¡El proyectil enemigo había desaparecido!

¡Había sido destruido por los cohetes de la Tritón- VIII!

¡Estaban a salvo!

—¡Hurra...! —gritó Peter Hopkins, el encargado de vigilar el radar, que había ido a parar varios metros más allá—. ¡Nos hemos cargado al cohete enemigo!

También Mike Bentley, Alan Remick y Lee Fowler habían rodado por el suelo.

Todos se pusieron a gritar de contento, al tiempo que se incorporaban.

Hubo aplausos, abrazos, y hasta algún que otro beso.

Los besos, entre los tripulantes del sexo masculino y los del sexo femenino, naturalmente.

Roy Grahame le hubiera dado uno muy a gusto a Samantha Fleming.

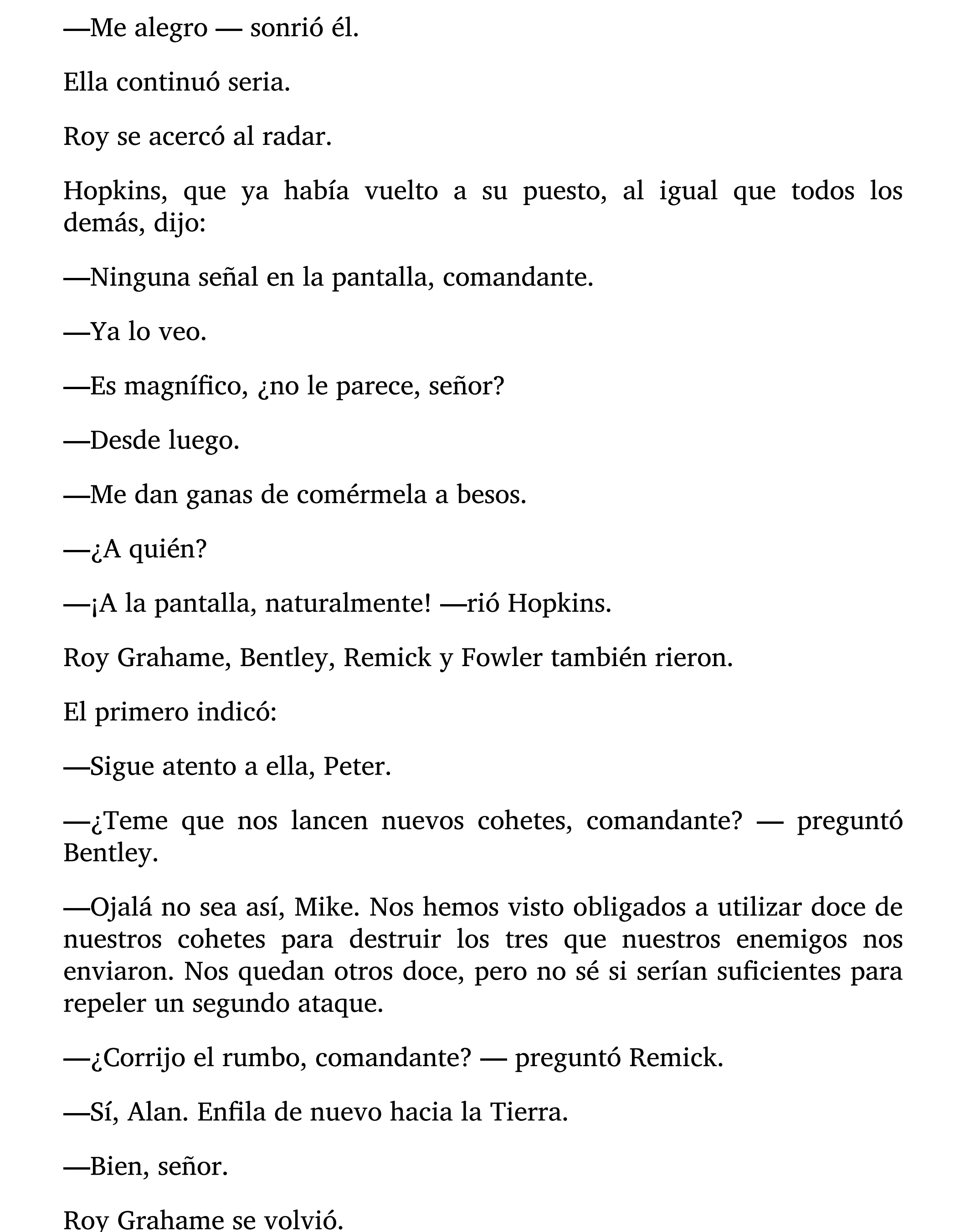
Pero no se atrevió.

Tal como estaban las cosas entre ellos dos...

Roy se limitó a preguntar:

—¿Se encuentra bien, doctora?

—Sí, comandante.



—Me alegro — sonrió él.

Ella continuó seria.

Roy se acercó al radar.

Hopkins, que ya había vuelto a su puesto, al igual que todos los demás, dijo:

—Ninguna señal en la pantalla, comandante.

—Ya lo veo.

—Es magnífico, ¿no le parece, señor?

—Desde luego.

—Me dan ganas de comérmela a besos.

—¿A quién?

—¡A la pantalla, naturalmente! —rió Hopkins.

Roy Grahame, Bentley, Remick y Fowler también rieron.

El primero indicó:

—Sigue atento a ella, Peter.

—¿Teme que nos lancen nuevos cohetes, comandante? — preguntó Bentley.

—Ojalá no sea así, Mike. Nos hemos visto obligados a utilizar doce de nuestros cohetes para destruir los tres que nuestros enemigos nos enviaron. Nos quedan otros doce, pero no sé si serían suficientes para repeler un segundo ataque.

—¿Corrijo el rumbo, comandante? — preguntó Remick.

—Sí, Alan. Enfila de nuevo hacia la Tierra.

—Bien, señor.

Roy Grahame se volvió.

Miró fijamente a Samantha Fleming.

Ella dio media vuelta y abandonó el puente de mando.

Roy esperó unos segundos y fue tras la doctora.

Sin ninguna prisa.

No quería alcanzarla hasta llegar al dispensario.

Así lo hizo.

Samantha Fleming frunció el ceño al verle entrar.

Sin embargo, no dijo nada.

Roy, sonriendo, se acercó a ella y la tomó por la cintura.

—Menos confianzas, comandante Grahame — gruñó la doctora, librándose bruscamente de los brazos de él.

—Samantha, por favor...

—¿Qué es lo que me está pidiendo por favor, comandante?

—Que olvides lo que pasó en mi despacho.

Las pupilas de Samantha Fleming despidieron un chispeo.

—¿Que lo olvide?

—Sí.

—Lo siento, pero no puedo olvidarlo.

—Samantha...

—Las manos quietas, comandante.

Roy, que de nuevo había extendido los brazos hacia el talle femenino, dio un suspiro de resignación y los bajó.

—Está bien, nada de caricias, si eso es lo que quieres.

—Sí, es lo que quiero.

—¿Hasta cuándo va a durarte el enfado?

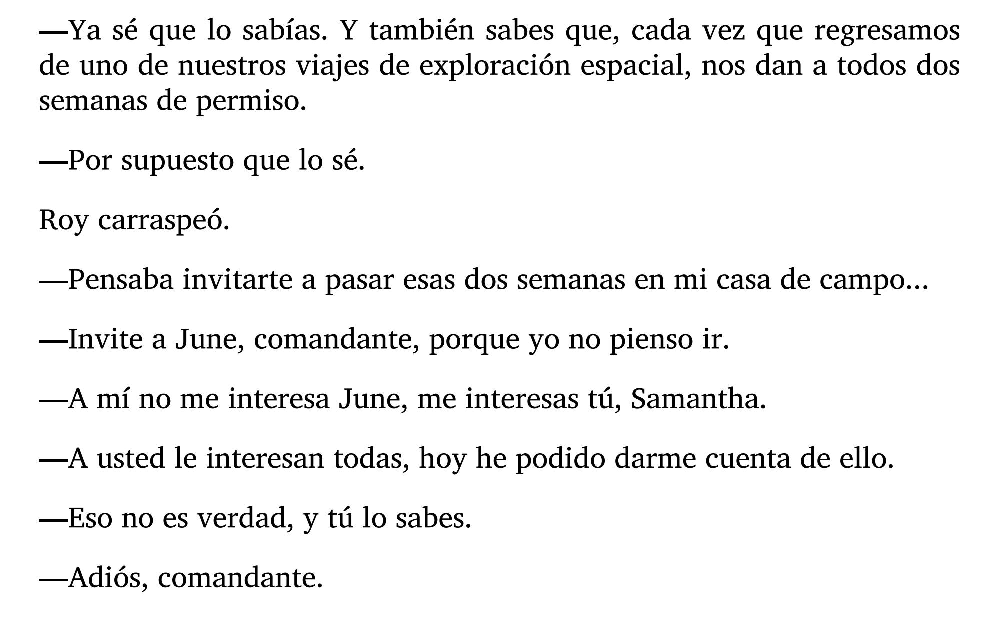
—Me temo que mucho tiempo.

—¿Como cuánto?

—Tengo trabajo, comandante. ¿Por qué no se larga y me deja en paz?

—Hoy regresamos a la Tierra, Samantha.

—¿Ah, sí...? No lo sabía — respondió ella, irónica.



—Ya sé que lo sabías. Y también sabes que, cada vez que regresamos de uno de nuestros viajes de exploración espacial, nos dan a todos dos semanas de permiso.

—Por supuesto que lo sé.

Roy carraspeó.

—Pensaba invitarte a pasar esas dos semanas en mi casa de campo...

—Invite a June, comandante, porque yo no pienso ir.

—A mí no me interesa June, me interesas tú, Samantha.

—A usted le interesan todas, hoy he podido darme cuenta de ello.

—Eso no es verdad, y tú lo sabes.

—Adiós, comandante.

Roy apretó los dientes, irritado.

—¿Es que va a terminar todo entre nosotros por una tontería?

—A mí no me pareció una tontería.

—¡June se echó en mis brazos, Samantha!

-¿Sí...?

—¡Te lo juro! Yo le ordené que se apartara de mí, pero ella, en lugar de obedecer, me besó.

—¡Y usted le devolvió el beso! ¿O no?

Roy soltó un gruñido.

—Sí, se lo devolví. Uno no es de piedra, Samantha...

—¡ Pero tiene la cara de granito!

—¡Samantha!

—¡Fuera de mi vista, comandante!

Roy llenó los pulmones de aire.

—Muy bien, ya me voy. Y espero que se te haya pasado la rabieta antes de llegar a la Tierra, porque si no es así, invitaré a June a pasar las dos semanas de permiso en mi casa de campo. No me gusta pescar truchas solo, ¿sabes?

Samantha Fleming, furiosa, atrapó uno de los objetos que descansaban sobre la aséptica mesa.

Roy Grahame, adivinando que la doctora se disponía a arrojárselo a la cabeza, se dio mucha prisa en salir del dispensario.

CAPITULO III

Afortunadamente para los tripulantes de la Tritón-VIII, la astronave no volvió a ser atacada, y pudo aterrizar con toda normalidad en el aeropuerto espacial del C.I.E.

El C.I.E. se alzaba en el desierto de Nevada.

Era un edificio inmenso, admirablemente diseñado.

Roy Grahame, portando en su mano izquierda un maletín negro, accionó un resorte y la puerta de proa se abrió silenciosamente, al tiempo que la escalerilla automática surgía por debajo de ella, hasta tocar el suelo.

Roy Grahame descendió por la escalerilla.

Mientras lo hacía, saludó con la mano al hombre que le aguardaba en la anchísima pista de aterrizaje, luciendo el uniforme de oficial del C.I.E.

Era un tipo de elevada estatura, fuerte como un roble, de facciones duras, pero nobles. Tenía treinta y seis años de edad, y se llamaba Holbrook.

Cada vez que la Tritón-VIII regresaba de uno de sus viajes de exploración espacial, Holbrook acudía a la pista de aterrizaje a recibir al comandante Grahame y conducirlo posteriormente a presencia de Edward North, director-jefe del C.I.E.

Ya sobre la pista, Roy Grahame estrechó la mano que cordialmente le tendía el oficial del C.I.E.

—Me alegro de verle de nuevo, comandante Grahame.

—Lo mismo digo, Holbrook — sonrió Roy.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. A última hora tuvimos un serio problema, pero lo resolvimos favorablemente.

—Cuánto me alegro.

—¿De que tuviésemos un serio problema...?

—¡ No, de que lo resolvieron favorablemente! — se apresuró a aclarar el oficial del C.I.E.

Roy se echó a reír. _

—Era una broma, Holbrook.

Este también rió.

—Diablos, usted siempre será el mismo, comandante Grahame.

Roy palmeó cariñosamente la ancha espalda del oficial del C.I.E.

—Podemos irnos cuando quiera, Holbrook.

—Ahora mismo, comandante.

Holbrook caminó hacia el «Blumang-WS», que se hallaba posado en la pista, a unos veinte metros del pie de la escalerilla automática de la Tritón-VIII.

Roy le siguió.

El «Blumang-WS» era un moderno y ligero vehículo volador, provisto de cuatro patas, con dos asientos descubiertos, situados uno al lado del otro sobre la unidad propulsora. No llegaba a pesar doscientos kilos, y podía plegarse como si de un cochecillo de bebés se tratase.

Así precisamente, plegados, viajaban seis de estos vehículos voladores en la Tritón-VIII.

Y una docena de propulsores individuales, muy prácticos también, aunque de diseño bien distinto, pues éstos se colocaban a la espalda, sujetos al cuerpo con correas.

Roy Grahame y Holbrook ya estaban junto al «Blumang-WS».

—Suba, comandante — indicó el oficial del C.I.E.

Roy ocupó el asiento izquierdo y se abrochó el cinturón de seguridad.

Holbrook se sentó a su lado, se abrochó también el cinturón de seguridad, y puso en marcha el vehículo volador, accionando el mando de despegue.

El «Blumang-WS» se elevó inmediatamente, en vertical, como los antiguos helicópteros, aunque con mucha mayor rapidez.

Holbrook maniobró con la palanca de dirección y el vehículo volador, que podía alcanzar hasta los 600 Km/h., partió .veloz hacia el C.I.E.,

sin dejar de ganar altura al propio tiempo.

Poco después, el «Blumang-WS» estaba sobre la terraza del grandioso edificio, donde se posó suavemente.

Allí había varias docenas de «Blumang-WS» y propulsores individuales, correctamente alineados.

Holbrook procedió a desabrocharse el cinturón de seguridad.

Roy Grahame hizo lo propio.

Descendieron ambos del vehículo y se dirigieron a la cabina del elevador, cuyas puertas se abrían por medio de células fotoeléctricas.

Roy Grahame y el oficial del C.I.E. penetraron en la cabina.

Las puertas se cerraban segundos después.

Holbrook pulsó el botón de la planta veinte, que era donde el director-jefe del C.I.E. tenía su despacho.

Mientras el elevador descendía, produciendo un suave silbido, Roy preguntó:

—¿Cómo se encuentra el profesor North, Holbrook?

—Bien, comandante. Aunque, últimamente...

—¿Sí, Holbrook...?

—Bueno, se le ve un poco preocupado.

—¿Conoce usted el motivo?

—Lo sospecho, solamente.

—¿Le importaría...?

El oficial del C.I E. sonrió amablemente.

—Prefiero que le hable de ello el propio profesor North, comandante. Estaba esperando el regreso de la Tritón-VIII con verdadera ansiedad, y sospecho que para hablarle a usted de sus preocupaciones tan pronto como le vea.

—Entiendo, Holbrook.

El elevador se detuvo en la planta veinte.

Las puertas se abrieron y Roy Grahame y el oficial del C.I.E. salieron

de la cabina.

Caminaron por un largo corredor, con puertas a ambos lados.

Al fondo del mismo se encontraba el despacho de Edward North.

Holbrook pulsó el disco de llamada.

La puerta se abrió casi al momento.

Roy Grahame y Holbrook penetraron en el amplísimo despacho del director-jefe del C.I.E.

Edward North era un hombre de unos cincuenta años, abundante cabello gris, facciones alargadas, de mediana estatura, delgado. Usaba gafas graduadas, de montura dorada.

Se encontraba sentado en su sillón, tras la espaciosa mesa, y tenía la mano derecha todavía sobre el dispositivo que abría y cerraba la puerta del despacho por control remoto.

Al ver a Roy Grahame, brincó materialmente del sillón, con una agilidad impropia de un hombre de su edad, y corrió al encuentro del comandante de la Tritón-VIII.

—¡Grahame! —exclamó, extendiendo la diestra.

—¿Qué tal, profesor North? — sonrió Roy, estrechando la mano, fuerte todavía, del director-jefe del C.I.E.

—¡Llega usted llovido del cielo, Grahame!

—Nunca mejor empleada la expresión, profesor, puesto que del cielo vengo.

—¡Oh, déjese de bromas, Grahame! Usted sabe bien lo que quiero decir.

—Que mi regreso a la Tierra es la mar de oportuno, ¿no es así?

—¡Exacto!

—Me alegro mucho, profesor.

Edward North miró al oficial del C.I.E.

—Gracias, Holbrook. Puede usted retirarse.

—A sus órdenes, profesor — respondió Holbrook, y abandonó el despacho.

El profesor North cogió a Roy Grahame del brazo y lo llevó hacia su mesa.

—Siéntese, Grahame. Tenemos que hablar.

Roy ocupó la silla que había delante de la mesa del director-jefe del C.I.E., depositando sobre ésta su maletín.

Edward North rodeó la mesa y se dejó caer en su sillón.

Lo primero que hizo fue accionar el dispositivo que cerraba la puerta de su despacho. Después, miró fijamente al comandante de la Tritón-VIII.

—Grahame...

—¿Sí, profesor?

—La Centauro-IV y la Plutón-VI no han regresado todavía de su último viaje de exploración espacial.

Roy no pudo evitar un gesto de extrañeza.

—La Centauro-IV partió de la Tierra cuatro semanas antes que la Tritón-VIII... — recordó.

El profesor North hizo un gesto de asentimiento.

—Así es, Grahame. Y la Plutón-VI, dos semanas después que la Centauro-IV. Sin embargo, ninguna de las dos ha regresado a la Tierra. ¿No es para preocuparse?

—Ya lo creo que sí, profesor.

—Temo que les haya sucedido algo, Grahame.

—A nosotros también nos sucedió algo, profesor. A sólo unas horas de la Tierra.

Edward North respingó ligeramente.

—Cuente, Grahame.

—Fuimos atacados, profesor.

El director-jefe del C.I.E. respingó ahora con mucha más fuerza.

—¿Atacados?... ¿Por quién?

—Eso nos quedamos sin saberlo, profesor North. Nuestro radar detectó

tres objetos volantes que se acercaban a gran velocidad. Resultaron ser tres proyectiles atómicos, y la Tritón-VIII era su blanco.

—¡Cielos! —exclamó Edward North, quedándose sin color en las mejillas.

—Por fortuna — prosiguió Roy—, logramos destruirlos con nuestros cohetes, aunque faltó muy poco para que no lo consiguiéramos y la Tritón-VIII y todos nosotros saltásemos en pedazos.

Seguidamente, Roy Grahame refirió al director-jefe del C.I.E. las dificultades que habían tenido que superar para poder destruir los tres proyectiles enemigos.

El gesto del profesor North fue de absoluta perplejidad.

—¿Que los cohetes atómicos de la Tritón-VIII se desviaron de su trayectoria cuando estaban a punto de encontrarse con los proyectiles enemigos...? — repitió, incrédulo.

Roy asintió con la cabeza.

—Así sucedió, profesor, por extraño que parezca. Sin duda, esos proyectiles tenían poder suficiente para desviar nuestros cohetes en el instante justo, evitando así el ser interceptados por ellos. Por eso tomé la decisión de hacer estallar nuestros cohetes cuando calculase que iban a cruzarse con los proyectiles enemigos. Nos; acompañó la suerte y logramos destruirlos, aunque, como ya le he dicho, nos vimos obligados a utilizar el cincuenta por ciento de nuestros cohetes. De haber sufrido un segundo ataque, no sé qué hubiera pasado. La Tritón-VIII estaba en inferioridad de condiciones con respecto a nuestros misteriosos enemigos.

Edward North, sombríamente, recordó:

—La Tritón-VIII es una de nuestras astronaves más poderosas, Grahame...

—Lo sé, profesor.

—Sólo la Centauro-IV y la Plutón-VI pueden compararse a la Tritón-VIII Suponiendo que todavía existan, claro...

Roy no hizo ningún comentario al respecto.

Sabía mejor que nadie lo difícil que había sido evitar la destrucción de la Tritón-VIII por aquellos poderosos proyectiles atómicos, capaces de desviar los cohetes enemigos en el instante justo.

Si la Centauro-IV y la Plutón-VI habían tenido la desgracia de ser atacadas también por el mismo enemigo que la Tritón-VIII, no era descabellado pensar que hubiesen estallado en el espacio, con sus respectivas tripulaciones.

Edward North rompió el silencio:

—¿En qué está pensando, Grahame?

—En la Centauro-IV y la Plutón-VI, profesor.

—¿Cree que hayan sido destruidas por ese enemigo desconocido?

—Es difícil de saber, profesor.

—¿Acepta la misión de averiguarlo, Grahame? — propuso el director-jefe del C.I.E.

Roy sonrió levemente.

—No tengo inconveniente, profesor North. Si usted me lo ordena, esta misma tarde parto de nuevo hacia el espacio sideral.

—Ordenárselo no puedo, Grahame. Como usted mismo ha señalado, la Tritón-VIII está en inferioridad de condiciones con respecto a nuestros enemigos. Si se ve atacada de nuevo por ellos, corre el peligro de ser destruida por sus poderosos proyectiles atómicos. En esta misión, Grahame, usted y los miembros de su tripulación se juegan la vida. Por esa razón, le repito que no puedo ordenarle que parta en busca de la Centauro-IV y la Plutón-VI. Si usted acepta la misión voluntariamente, puede partir esta misma tarde. Si le parece demasiado peligrosa, rechácela. Sabré hacerme cargo, Grahame.

—Yo acepto la misión, profesor North. Ahora bien, si alguno de los miembros de mi tripulación se niega a tomar parte en esta peligrosa aventura, se lo haré saber a usted, para que me facilite los sustitutos correspondientes.

—Por supuesto, Grahame. Como ya le he dicho, no puedo ni quiero obligar a nadie a tomar parte en esta misión. Si algunos de los tripulantes de la Tritón-VIII se niegan a viajar, hágamelo saber y pediré voluntarios para suplirles.

—Infórmeme de las rutas que debían seguir la Centauro-IV y la Plutón-VI, profesor—pidió Roy.

Edward North le informó con todo detalle.

Roy abrió su maletín y entregó al profesor North las carpetas amarillas que llevaba en él.

—Los informes del último viaje de la Tritón-VIII, profesor.

—Muy abundantes, por lo que veo — sonrió el científico.

—Sí. Creo que ha sido un viaje provechoso.

—Como todos los que realiza la Tritón-VIII.

—Gracias, profesor — sonrió Roy, poniéndose en pie.

—¿Ya se marcha, Grahame? — preguntó Edward North, levantándose también.

—Sí, profesor. Cuanto antes hable con los miembros de mi tripulación, mejor.

—Holbrook le llevará a la astronave.

El profesor North accionó el dispositivo correspondiente y la puerta del despacho se abrió.

En el corredor aguardaba el atento oficial del C.I.E.

Roy se despidió del director-jefe del C.I.E. y abandonó el despacho.

CAPITULO IV

El «Blumang-WS» que manejaba Holbrook se posó con suavidad en la pista de aterrizaje, a unos diez metros del pie de la escalerilla de proa de la Tritón-VIII.

Roy Grahame se desabrochó el cinturón de seguridad y descendió del vehículo volador.

—¿Le importaría esperar unos minutos, Holbrook?

—Por supuesto que no, comandante Grahame.

—Quizá tenga que llevarme de nuevo al C.I.E. — explicó Roy.

—Aquí estaré, esperando sus órdenes.

—Gracias, Holbrook.

—No hay de qué, comandante.

Roy Grahame se dirigió hacia la escalerilla automática, ascendió por ella, y penetró en la astronave.

En el puente de mando sólo estaban Alan Remick, el piloto, Peter Hopkins, el encargado de vigilar el radar, y dos de los miembros femeninos de la tripulación.

Conversaban los cuatro animadamente.

Sin duda hablaban de lo que iban a hacer en las próximas dos semanas de permiso, con las que ya contaban de antemano.

Se interrumpieron, al ver aparecer al comandante Grahame.

—Hola, muchachos — saludó Roy, con una leve sonrisa en los labios.

—¿Podemos cambiarnos ya de ropa, comandante? — preguntó Hopkins, muy alegre.

—Todavía no, Peter —Respondió Roy —. Antes tengo que hablar con todos vosotros.

—¿De las dos semanas de permiso comandante? —inquirió Remick, sonriente también.

—De una misión especial que debe llevar a cabo la Tritón-VIII.

Hopkins y Remick dejaron de sonreír al tiempo.

También las dos chicas que estaban con ellos.

—¿Una misión especial, comandante? — repitió Remick.

—Sí, Alan.

—¿Inmediata? — inquirió Hopkins.

—Muy inmediata — respondió Roy.

La desilusión se reflejó en los rostros de los cuatro tripulantes de la Tritón-VIII.

Roy Grahame abrió el micrófono de la astronave

—Atención, les habla el comandante Grahame. Acudan todos al puente de mando. Repito: acudan todos al puente de mando.

Roy cerró el micrófono.

Los demás miembros de la tripulación comenzaron a aparecer.

En muy pocos segundos, todos estuvieron en el puente de mando.

Aunque acudieron muy risueños, sus semblantes se fueron ensombreciendo al observar el gesto de desencanto que se veía en las caras de Hopkins, Remick, y las dos chicas que estaban junto a ellos.

Roy Grahame, tras dirigir una mirada a Samantha Fleming, habló

—El profesor North está muy preocupado, porque la Centauro-IV y la Plutón-VI que partieron de la Tierra cuatro y dos semanas antes que nosotros, respectivamente, aún no han regresado. El profesor North piensa que puede haberles sucedido algo, y sus temores aumentaron considerablemente al saber que nuestra astronave fue atacada. La Tritón-VIII debe partir en busca de la Centauro-IV y la Plutón-VI.

Los miembros de la tripulación se miraron entre sí, visiblemente preocupados.

Roy Grahame se apresuró a comunicar:

No se trata de una misión obligatoria, sino voluntaria, así me lo hizo saber el profesor North, consciente del peligro que la misión entraña. Es posible que seamos atacados de nuevo, y todos sabéis lo difícil que es interceptar ese tipo de proyectiles atómicos que poseen las gentes

que nos atacaron. Por eso si alguno de vosotros no desea tomar parte de esta misión, puede renunciar libremente. Sera sustituido por otro que quiera ir voluntariamente.

La tripulación de la Tritón-VIII guardo silencio absoluto.

Parecían estar meditando su decisión.

Roy Grahame esperó unos segundos y luego indicó:

—Los que no deseen tomar parte en la misión que den un paso al frente.

Hubo un nuevo intercambio de miradas entre los miembros de la tripulación, pero nadie se movió.

—¿ Nadie desea renunciar? — interrogó Roy.

—Parece que no, señor — respondió Lee Fowler, sonriendo.

Los demás, poco a poco, fueron sonriendo también. Hasta la doctora Fleming sonrió.

Roy Grahame, con un brillo de emoción en la mirada, confesó:

—Me siento orgulloso de todos vosotros, muchachos. Muy orgulloso.

—Y "nosotros de nuestro comandante — repuso Alan Remick—. ¿No es cierto, chicos?

—¡Sí...!—respondieron a un tiempo las voces de los otros veintitrés miembros de la tripulación, atronando el puente de mando.

—¿Vale un «hurra» por el comandante Grahame? — sugirió Mike Bentley, el encargado de manipular la pantalla telescópica.

—¡Hurra...!

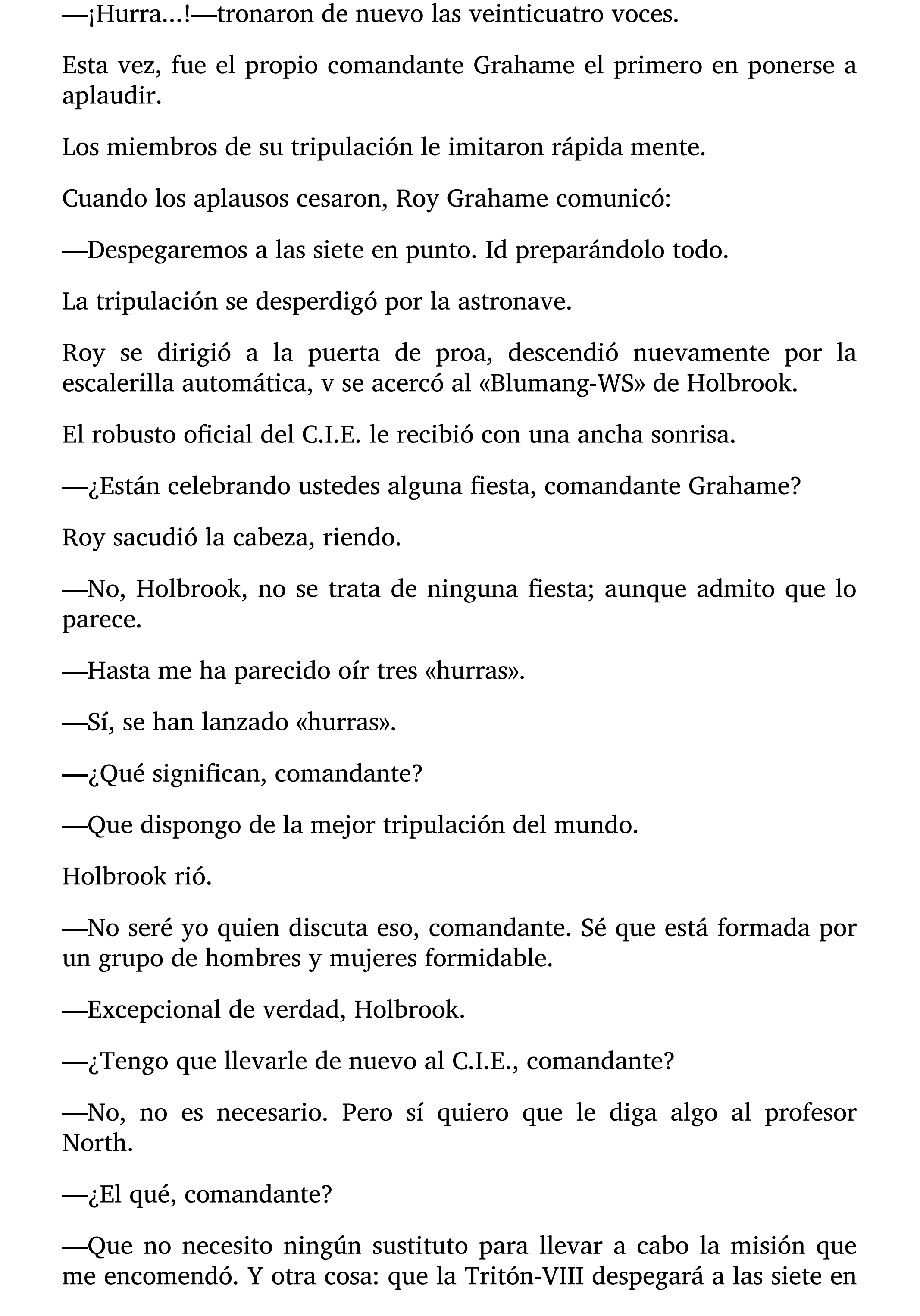
—¿Va otro por la Tritón-VIII?

— ¡Hurra...!

Bentley rompió a aplaudir, siendo imitado rápida mente por todos.

Roy Grahame, mucho más emocionado que antes, esperó a que los aplausos remitiesen y entonces, con voz ligeramente enronquecida, dijo:

—Gracias a todos, muchachos. Por vuestra camaradería, y por vuestro afecto. Y ya que habéis lanzado un «hurra» por mí, y otro por la



Tritón-VIII, propongo un tercer «hurra» por su valerosa tripulación.

—¡Hurra...!—tronaron de nuevo las veinticuatro voces.

Esta vez, fue el propio comandante Grahame el primero en ponerse a aplaudir.

Los miembros de su tripulación le imitaron rápida mente.

Cuando los aplausos cesaron, Roy Grahame comunicó:

—Despegaremos a las siete en punto. Id preparándolo todo.

La tripulación se desperdigó por la astronave.

Roy se dirigió a la puerta de proa, descendió nuevamente por la escalerilla automática, v se acercó al «Blumang-WS» de Holbrook.

El robusto oficial del C.I.E. le recibió con una ancha sonrisa.

—¿Están celebrando ustedes alguna fiesta, comandante Grahame?

Roy sacudió la cabeza, riendo.

—No, Holbrook, no se trata de ninguna fiesta; aunque admito que lo parece.

—Hasta me ha parecido oír tres «hurras».

—Sí, se han lanzado «hurras».

—¿Qué significan, comandante?

—Que dispongo de la mejor tripulación del mundo.

Holbrook rió.

—No seré yo quien discuta eso, comandante. Sé que está formada por un grupo de hombres y mujeres formidable.

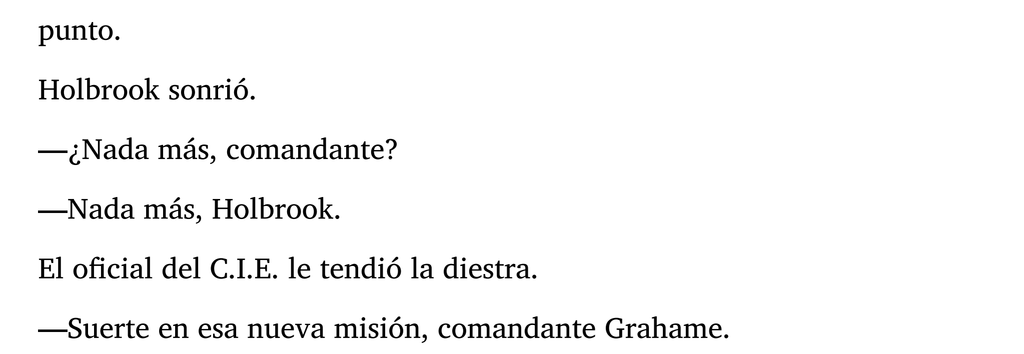
—Excepcional de verdad, Holbrook.

—¿Tengo que llevarle de nuevo al C.I.E., comandante?

—No, no es necesario. Pero sí quiero que le diga algo al profesor North.

—¿El qué, comandante?

—Que no necesito ningún sustituto para llevar a cabo la misión que me encomendó. Y otra cosa: que la Tritón-VIII despegará a las siete en



punto.

Holbrook sonrió.

—¿Nada más, comandante?

—Nada más, Holbrook.

El oficial del C.I.E. le tendió la diestra.

—Suerte en esa nueva misión, comandante Grahame.

—Gracias, Holbrook. Vamos a necesitarla.

El oficial del C.I.E. accionó el mando de despegue y el «Blumang-WS» se elevó rápidamente

Roy Grahame esperó a que el vehículo volador enfilara hacia la terraza del inmenso edificio y luego regresó a la astronave.

* * *

La doctora Fleming se hallaba en su dispensario, revisando las existencias de medicamentos, para solicitar lo necesario antes de partir.

Se volvió, al escuchar que la puerta se abría.

En el hueco de la misma surgió la atractiva figura de June, la rubia causante del enfado de Samantha Fleming.

—¿Puedo pasar, doctora Fleming? — preguntó tímidamente.

—Adelante, June — respondió Samantha, reanudando su tarea.

La hermosa rubia entró en el dispensario y cerró la puerta.

Tras un ligero carraspeo, dijo:

—Doctora Fleming, me duele el estómago...

—Me alegro — se le escapó a Samantha.

—¿Cómo"? — pestañeó June.

Samantha Fleming tosió nerviosamente.

—Digo que me alegro de que hayas venido a decírmelo, June. Es

conveniente saber la causa de esas molestias estomacales.

—Estoy de acuerdo, doctora.

—Quítate el cinturón, desabróchate la blusa, y bájate un poco la falda — indicó Samantha Fleming, siempre de espaldas a la rubia.

June hizo lo que le decía la doctora Fleming.

—Ya está, doctora.

—Tiéndete en la mesa.

June obedeció.

—Estoy tendida, doctora.

Samantha Fleming interrumpió su tarea, se dio lavuelta, y se acercó a la mesa articulada, sobre la que descansaba June, la faldita por debajo del breve pantaloncito azul, la blusa abierta, dejando visibles sus turgentes senos.

June sonrió débilmente.

Samantha, siempre seria, preguntó:

—¿Dónde te duele exactamente, June?

—Aquí — indicó la rubia, rozándose con los dedos la parte derecha de la región estomacal

—Déjame ver.

La doctora Fleming exploró la zona.

—¿Te duele más cuando presiono con los dedos?

—No, me duele menos.

—¿Menos? — se sorprendió Samantha.

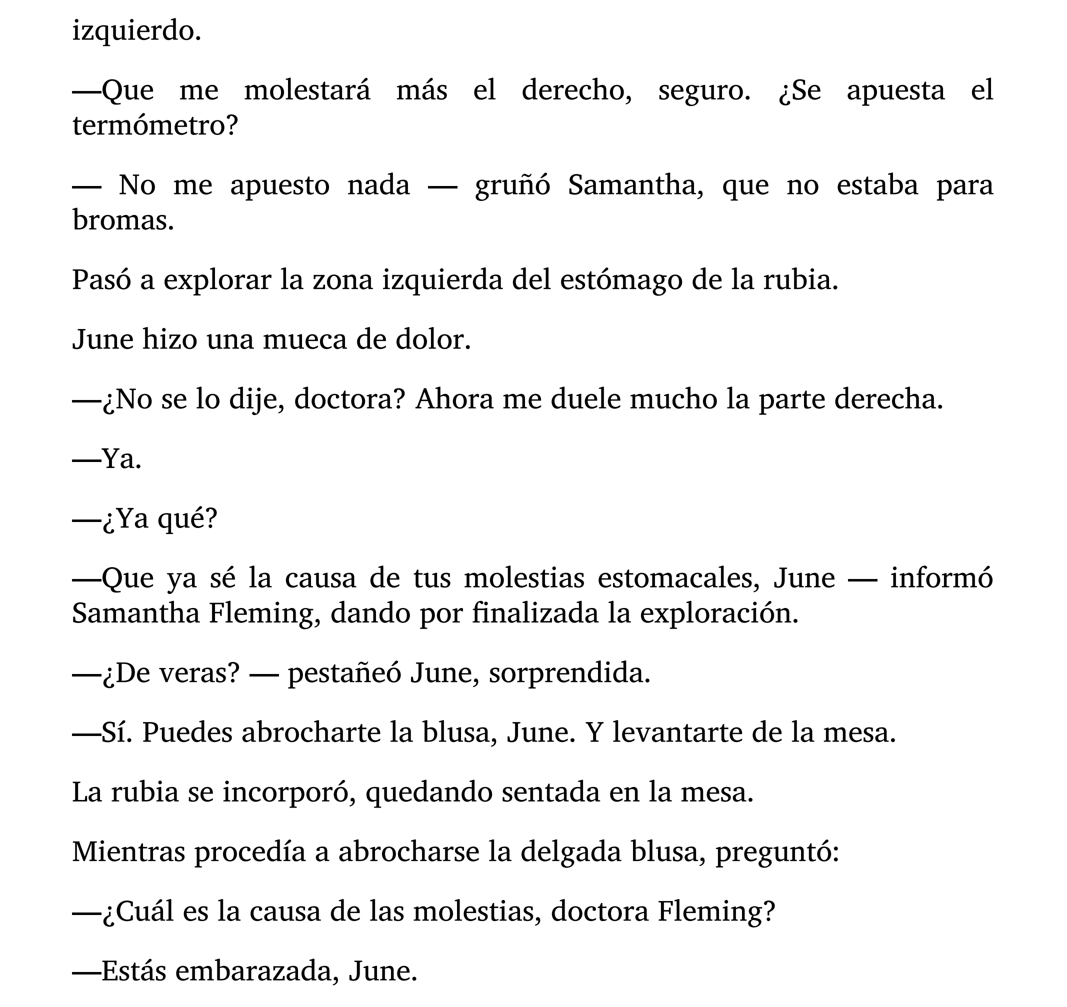
—Sí. El dolor desaparece casi por completo. Lo malo es que entonces surge en el lado izquierdo...

— ¿De veras?

June asintió con la cabeza.

—Sí, doctora.

—Qué cosa tan rara... Bien, veamos qué sucede si te oprimo el lado



izquierdo.

—Que me molestará más el derecho, seguro. ¿Se apuesta el termómetro?

— No me apuesto nada — gruñó Samantha, que no estaba para bromas.

Pasó a explorar la zona izquierda del estómago de la rubia.

June hizo una mueca de dolor.

—¿No se lo dije, doctora? Ahora me duele mucho la parte derecha.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Que ya sé la causa de tus molestias estomacales, June — informó Samantha Fleming, dando por finalizada la exploración.

—¿De veras? — pestañeó June, sorprendida.

—Sí. Puedes abrocharte la blusa, June. Y levantarte de la mesa.

La rubia se incorporó, quedando sentada en la mesa.

Mientras procedía a abrocharse la delgada blusa, preguntó:

—¿Cuál es la causa de las molestias, doctora Fleming?

—Estás embarazada, June.

La rubia saltó de la mesa como si acabasen de pincharle en la nalga con un alfiler.

Con unos ojos como platos, exclamó:

—¿Qué es lo que ha dicho, doctora?

—Que vas a tener un bebé, June.

—¡No es posible, doctora!—gritó la rubia, poniéndose pálida.

—Lo que yo te diga, June.

—Pero..., pero...

La doctora Fleming sonrió tiernamente.

—Procura tranquilizarte, June, o tendrás un hijo tartamudo.

—¡Oh...! —gimió la rubia, apretando los ojos y llevándose las manos a las sienes.

—¿Puedo preguntarte quién es el padre, June?

—¡Nadie, nadie, nadie!

—Eso no es posible, amiga mía — rió Samantha —. Sabido es que hacen falta dos para bailar un tango...

—¡Déjese de ironías, doctora, por favor!

—Sólo trataba de evitar términos más crudos, June.

—¡ Le repito que no es posible que yo esté embarazada! Soy una chica atrevida, doctora, pero no tanto.

Samantha Fleming entrecerró un ojo.

—¿Estás tratando de proteger al comandante Grahame, June?

—¿Qué?

—El es el padre, ¿verdad?

—¡No...! —chilló June—. ¡Pero si el comandante: Grahame jamás se atrevió a rozarme siquiera!

Samantha sonrió, sarcástica.

—Lo de esta mañana fue algo más que una rozadura, June: fue una soldadura perfecta.

—¡Oh, ahora entiendo por qué sospecha usted que el comandante Grahame y yo...! ¡Pues de eso nada, doctora Fleming! Nos dimos un beso, es cierto, pero la cosa no pasó de ahí.

—Quizá hubiera pasado, de no haber entrado yo tan inoportunamente.

—No, seguro que no, doctora. El comandante Grahame ni siquiera quería besarme. Fui yo la que le besó a élprimero, para ver si así se animaba, el muy tonto ¿Y sabe por qué no se animaba? Porque creo que para el comandante Grahame no existe más mujer que usted, doctora. Me duele tener que admitirlo, conste, porque a mí me chifla el comandante, y una, modestia aparte, está tan bien formada físicamente como la que más. Usted me ha reconocido muchas veces, y sabe que es verdad.



—Sí, es cierto — sonrió Samantha—. Tienes un cuerpo espléndido, June.

—Usted también, eso es lo malo — rezongó la rubia

—¿Malo?

—Bueno, malo para mí, porque si usted fuese fea y desgarbada, el comandante Grahame no se hubiera enamorado de usted, y a mí me sería más fácil conquistarle. Pero como usted también está tremenda, no tengo ninguna posibilidad. El la quiere a usted, así que...

—¿Te lo dijo él?

—¿Que la quiere?

-Sí.

—No, no me lo dijo. Pero tampoco hizo falta. La cara que puso, al ver que usted nos había sorprendido besándonos, fue de lo más expresiva. También lo fue la que puso usted, doctora.

—¿Ah, sí?

—¡Pues claro! Por eso sé que usted también está por los huesos del comandante.

—¡ June!

La rubia carraspeó nerviosamente.

—Enamorada de él, quise decir.

—Eso no es verdad.

June se encogió de hombros.

—Mire, a mí me da igual que ustedes nieguen o admitan que se quieren. Lo único que me preocupaba es que se hubiesen disgustado el uno con el otro por mi culpa. Por eso vine a hablar con usted, doctora. Lo de las molestias estomacales es un cuento chino, ¿sabe? Necesitaba un pretexto para venir a verla, y hacerle saber que entre el comandante y yo jamás hubo nada. Ni lo habrá, porque a mí no me gusta quitarle el novio a nadie. Aunque, como ya le he dicho antes, dudo mucho que pudiera quitarle a usted el suyo. En fin, necesitaba tranquilizar mi conciencia, y ya lo he hecho. En cuanto a lo del embarazo, sigo sin explicármelo, porque yo jamás he bailado un tango con nadie. Se lo juro, doctora Fleming.

Samantha Fleming empezó a reír.

—No hay tal embarazo, June.

—¿Eh?— respingó la rubia.

—Me di cuenta de que tú me estabas tomando el pelo con lo de las molestias estomacales, y yo decidí tomártelo a ti. Eso es todo, June.

June sopló hasta que no quedó ni pizca de aire en sus pulmones.

—¡ Qué gran peso me quita de encima, doctora!

—Me lo imagino.

—Pero conste que se pasó usted con la broma, ¿eh? — reprochó June, apuntándola con el dedo.

—Sí, creo que sí.

—¡ Menudo susto, eso de que una va a tener un bebé sin haber hecho nada de nada!

Samantha rió de nuevo.

—Lo siento, June.

—Debería darle un buen tirón de orejas, doctora.

—Hazlo, si quieres.

—No, doctora Fleming. En el fondo, ha sido divertido — repuso la atractiva rubia, y también ella empezó a reír.

CAPITULO V

La Tritón-VIII surcaba el espacio sideral con su característica potencia.

Hacía unas cinco horas que había partido de la Tierra.

Con más peso del habitual.

Sí, porque en lugar de veinte, eran cuarenta los cohetes atómicos que llevaba a bordo.

Roy Grahame lo había dispuesto así.

Si la Tritón-VIII era atacada de nuevo, por el mismo enemigo, estarían en mejores condiciones para rechazar los ataques.

Aunque seguía siendo igualmente difícil interceptar aquel tipo de proyectiles atómicos, capaces de desviar, en el instante justo, los cohetes enemigos.

De cualquier modo, Roy Grahame se sentía un poco más tranquilo, con cuarenta cohetes en lugar de veinte.

Ya llevaba cerca de dos horas encerrado en su despacho, observando las cartas de navegación que tenía extendidas sobre la mesa.

Estudiaba, una y otra vez, las rutas que debían haber seguido la Centauro-IV y la Plutón-VI, diametralmente opuestas entre sí.

Esto hacía sospechar a Roy Grahame que, caso de haber sido atacadas y destruidas ambas astronaves por el mismo enemigo que atacó la Tritón-VIII, el hecho se habría producido cuando regresaban ya a la Tierra.

A pocas horas del planeta, como le había sucedido a la Tritón-VIII.

Si estaba en lo cierto, significaba que el desconoció y poderoso enemigo se encontraba en una órbita no demasiado distante de la Tierra, aunque sí lo suficiente para no ser descubiertos desde ella.

Acechando.

Esperando tal vez el momento oportuno para atacar el planeta.

Roy Grahame no pudo evitar un estremecimiento.

Se imaginaba a varias docenas de aquellos terribles proyectiles atómicos lanzados sobre distintos puntos de la Tierra.

Desaparecería totalmente la vida de la faz del planeta.

Sí, porque los cohetes interceptores que pudieran lanzar desde la Tierra, para rechazar el ataque, serían burlados limpiamente por los proyectiles enemigos.

Yya no habría una segunda oportunidad para intentar destruirlos.

La Tierra no era la Tritón-VIII.

La Tritón-VIII, gracias a la fantástica velocidad que le permitían alcanzar sus poderosos reactores atómicos tardaba un tiempo en ser alcanzada por los proyectiles enemigos. Un tiempo precioso, que les había permitido lanzar por tres veces sus cohetes interceptores sobre los proyectiles enemigos.

La Tierra, en cambio, no podía huir de ellos.

Si no lograba interceptarlos en el primer lanzamiento, no quedaría tiempo para efectuar un segundo lanzamiento.

YRoy Grahame sabía que no podrían destruirlos en el primer lanzamiento, dadas las especiales características de los proyectiles enemigos.

El comandante de la Tritón-VIII cerró los puños con rabia.

Por primera vez se daba cuenta de que la Humanidad entera corría el peligro de desaparecer, y se sabía impotente para impedirlo.

Si al menos supiera dónde se encontraba exactamente el misterioso enemigo...

Pero, no, no lo sabía.

Tenía que resignarse, pues, a esperar que fuesen ellos los que se dejasen ver.

O a que lanzasen de nuevo sus proyectiles atómicos contra la Tritón-VIII.

Cualquiera de las dos cosas deseaba que sucediese.

Y pronto.

Aun sabiendo el peligro que para ellos supondría.

Roy Grahame dobló cuidadosamente las cartas de navegación, las guardó en uno de los cajones de la mesa, y se levantó del sillón.

Se llevó la mano a la nuca.

Sentía molestias en ella, sin duda debido al mucho tiempo que había permanecido observando las cartas de navegación.

Pensó en Samantha Fleming.

Ella sabía cómo hacer que desaparecieran aquellas molestias.

Tenía unas manos largas, suaves y hábiles.

A Roy le pareció sentirlas ya en su nuca, sobre los endurecidos músculos, masajeándolos expertamente, y hasta creyó encontrarse mejor.

Pero pronto desapareció aquella falsa sensación de alivio.

Roy soltó un gruñido.

Consultó su reloj de dígitos.

Eran algo más de las doce de la noche.

En la Tierra, claro.

En el espacio cósmico siempre era de noche.

Roy, que había pensado ir al dispensario de la doctora Fleming, desistió de ello.

Samantha no se encontraría allí.

Se habría retirado a su camarote, a descansar.

Como la mitad de los miembros de la tripulación.

Roy abandonó de todos modos su despacho.

También él necesitaba descanso, dormir unas horas.

Sin embargo, no se dirigió a su camarote, sino al puente de mando.

Se sorprendió bastante al encontrarse, en el corredor contiguo, con Samantha Fleming.

Roy se detuvo.

También la doctora, que no llevaba puesta su bata blanca.

Como no había nadie más en el corredor, Roy la tuteó:

—Te suponía en tu camarote, Samantha.

—Hacia allí me dirijo, comandante — respondió ella fríamente.

—¿Sigues enfadada conmigo, Samantha?

—Sí.

—Yo pensé que...

—¿Qué pensó usted, comandante?

—Que se te había pasado la rabieta.

—No es una rabieta.

—Bueno, el enfado — carraspeó Roy.

Samantha Fleming cruzó los brazos bajo sus senos firmes y desarrollados.

—¿Por qué razón se me iba a pasar tan pronto? — preguntó.

—Cuando Mike Bentley sugirió un «hurra» por mí, tú también lo lanzaste... — recordó Roy.

—Está usted equivocado, comandante Grahame.

—Te vi mover la boca, Samantha.

—Pero no grité «¡hurra!», sino «¡a la porra!».

Roy rió.

—No puedo creerlo, Samantha.

—Pues créalo usted, comandante, porque es la verdad.

—También te vi aplaudir.

—Y muy calurosamente, es cierto — admitió ella—. ¿Y sabe por qué aplaudía con tanto fervor?

—¿Por qué, Samantha?

—Porque me imaginaba que le estaba dando bofetadas a usted, comandante Grahame.

Roy volvió a reír.

—Tampoco puedo creer eso, Samantha.

—Me da igual que lo crea o no — repuso ella, haciendo una mueca despectiva.

—Te repito una vez más que June se lanzó en mis brazos y me besó, sin que yo pudiera evitarlo.

—Eso es verdad, la propia June me lo ha confesado.

—¿De veras?

—Sí; cuando todavía estábamos en la Tierra.

Roy sonrió.

—No sabes cuánto me alegro, Samantha. Y, la verdad, no comprendo cómo, sabiendo que no te mentí, sigues de uñas conmigo.

—Sigo de uñas porque tú le devolviste el beso con muchas ganas. Y porque, más tarde, me amenazaste con invitarla a tu casa de campo de Las Vegas, a pasar las dos semanas de permiso que todos esperábamos nos concediesen.

—Lo primero lo hice inconscientemente, Samantha.

—Ya. ¿Y lo segundo?

—No fue más que eso, una amenaza. No hubiera invitado a June a venir a mi casa aunque tú hubieses seguido negándote a acompañarme. Te lo juro, Samantha.

—¿Por qué voy a creerte?

—Porque es la verdad. Un comandante no debe intimar con las mujeres de su tripulación, ni en su astronave ni fuera de ella. Esa es la razón de que nadie sepa que tú y yo nos amamos.

—Nos amábamos — corrigió la doctora.

—Nos amamos, Samantha. Y nos seguiremos amando mientras vivamos, porque nos queremos de verdad. Tú no puedes amar a otro hombre, Samantha.

Ella miró hacia el techo del corredor.

—Modesto, baja — dijo, sarcástica.

—Déjate de ironías, Samantha — gruñó Roy—. Es tan cierto como que yo no puedo amar a otra mujer, y tú lo sabes.

—Tal vez no puedas amarla, pero sí comértela a besos, como hiciste con June.

Roy apretó las mandíbulas.

—No quiero oír hablar de eso, Samantha.

—Oh, ni yo tampoco.

—Vamos al dispensario — indicó Roy.

—¿Al dispensario?... ¿A qué?

—Me duele la nuca y quiero que me des masajes.

—Es tarde para dar masajes, comandante. Venga a mi dispensario mañana por la mañana.

—Necesito el masaje ahora.

—Lo siento, comandante, pero...

—Es una orden, doctora — le interrumpió Roy, cogiéndola por un brazo.

Tiró de ella con brusquedad.

—¡Comandante!—protestó Samantha Fleming.

Roy Grahame no hizo caso de las protestas de ladoctora.

Siguió tirando de ella.

Alcanzó el dispensario, abrió la puerta, y obligó a entrar en él a la bella Samantha.

Roy entró también y cerró la puerta.

Sin decir nada, se bajó la cremallera del traje espacial y sacó los brazos de las mangas, quedando desnudo de cintura para arriba.

Tras sentarse en la mesa articulada, gruñó:

—Puede empezar cuando quiera.

—¡Comandante...! —quiso objetar de nuevo la joven.

—¡Le repito que es una orden, doctora!

Samantha Fleming resopló, furiosa.

Sin embargo, no puso nuevas objeciones.

Se acercó a la mesa y comenzó a friccionar la nuca del comandante de la Tritón-VIII.

Lo hizo con rabia.

Sin ninguna delicadeza.

Roy protestó:

—Quiero que me dé masaje, doctora, no que me desnuque.

—¡Es mi forma de dar masaje, lo siento!

—Eso no es cierto. Otras veces me ha dado masaje, en la nuca y en otras zonas del cuerpo, y siempre lo hizo con suavidad y delicadeza.

—¡Estaría de mejor humor que hoy para trabajar!

—Le ordeno que mande su mal humor al cuerno, atienda mi nuca como es debido, doctora, o me veré obligado a tenderla boca abajo sobre mis rodillas y propinarle una generosa ración de azotes en el sitio de sentarse.

Samantha Fleming suspendió instantáneamente el masaje de nuca.

El castigo de nuca, más bien.

Rodeó la mesa articulada y se plantó delante de Roy Grahame, con el rostro encendido.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? — le gritó—. ¡Por muy comandante de la astronave que sea usted, no le consiento que...!

Roy Grahame la agarró bruscamente por la cintura y se la echó sobre las rodillas, boca abajo.

—¡Oh! —exclamó Samantha, que no podía creer lo que estaba pasando.

Roy le sujetó el cuerpo con el brazo izquierdo y acto seguido comenzó a descargar su mano derecha, con fuerza, sobre las benditas posaderas de la doctora.

—¡Ay, ay, ay! —chilló Samantha, apretando los ojos.

—¿Duele, doctora? — preguntó Roy, irónico.

—¡ Suéltame, salvaje!

—Cuando haya contado hasta veinticinco.

—¿Azotes?

—Sí, doctora.

—¡Bruto, más que bruto!

—Siete, ocho, nueve…

—¡Esto lo vas a pagar muy caro, maldito!

—Trece, catorce, quince…

—¡Te sacaré los ojos, Roy Grahame!

—Dieciocho, diecinueve, veinte…

—¡Te pondré veneno en el café!

—Veinticuatro y veinticinco — concluyó Roy sin soltar a la joven, se miró la mano derecha y rezongó— Diablos, si tengo la mano colorada como un tomate… Bueno, me consuela el saber que tu trasero estará más colorado todavía que mi mano.

—¡Te patearé, te arañaré, te morderé! — siguió amenazando Samantha, los puños rabiosamente apretados, el rostro amoratado de ira, los ojos llameantes.

Roy la cogió y la dejó sentada sobre sus rodillas.

Ella intentó golpearle en el rostro, pero Roy anduvo hábil y logró sujetarle los brazos con los suyos.

Samantha Fleming luchó desesperadamente por soltarse, pero fue inútil, no lo consiguió.

Roy sonrió.

—Es usted una fiera, doctora, pero yo la quiero como jamás he querido a nadie — dijo, y antes de que ella pudiera replicar, la besó en los labios.

Largamente.

Expertamente.

Ardientemente.

Samantha Fleming se debatió entre los brazos de Roy Grahame.

Pero sólo durante unos pocos segundos.

Después, y sin apenas darse cuenta, se encontró devolviendo el beso al comandante Grahame.

Y cómo se lo devolvía…

Más tarde, cuando separaron sus bocas, Roy preguntó:

—¿Más calmada ya, doctora?

Ella, con dulce expresión, respondió:

—Totalmente calmada, comandante.

—¿No me atacarás si te suelto, Samantha?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro — sonrió ella.

Roy le soltó los brazos.

Samantha los pasó por el cuello masculino.

—Bésame otra vez, Roy —pidió, acercándole los labios.

Roy Grahame unió de nuevo su boca a la de ella.

Tras el beso, de larga duración también, Samantha Fleming confesó:

—Me siento feliz, Roy. A pesar de lo mucho que me escuecen las nalgas.

—Es el mejor modo de tratar a las mujeres con genio, Samantha, mano dura primero, y un largo y apeonado beso después.

—No lo discuto. Pero ¿no crees que con diez azotes hubiese sido suficiente?

—La próxima vez te daré sólo diez, no te preocupes — sonrió Roy, y la besó de nuevo.

En ello estaban, cuando, de pronto, las señales de alarma de la astronave se pusieron a sonar.

CAPITULO VI

Roy Grahame y Samantha Fleming separáronse bruscamente.

Se miraron.

—¿Nos atacan de nuevo, Roy? — murmuró ella, empalideciendo.

—¡Seguro! —respondió él, metiendo rápidamente los brazos en las mangas y subiéndose la cremallera del traje espacial —. ¡Corramos al puente de mando, Samantha!

Roy Grahame y Samantha Fleming salieron disparados del dispensario.

Alcanzaron el puente de mando.

Cada cual estaba ya en su puesto.

Roy corrió hacia Peter Hopkins.

—¿Se trata de un nuevo ataque, Peter?

—¡Seguro, comandante! —respondió, nerviosamente, el encargado de vigilar el radar—. Observe la pantalla.

Roy lo hizo.

Como la vez anterior, en ella habían surgido tres puntitos intermitentes.

Y se acercaban a la Tritón-VIII.

A gran velocidad.

—¡Alan! —gritó Roy.

—¿Sí, comandante? — respondió el piloto.

—¡Varía el rumbo, rápido!

Alan Remick modificó velozmente el rumbo de la astronave.

—¡Lee, preparado para lanzar tres de los cohetes!

—indicó Roy.

—¡Estoy preparado, señor! —respondió Lee Fowler,

Roy Grahame clavó los ojos en la pantalla telescópica,

No tardaron en aparecer en ella los tres proyectiles atómicos cuyo blanco era la Tritón-VIII.

Roy desvió la mirada hacia la pantalla del radar.

—¡Lánzalos ya, Lee!

Fowler oprimió los dispositivos de lanzamiento de los cohetes UNO, DOS y TRES.

Cuando Roy Grahame calculó, con la ayuda del radar, que los cohetes de la Tritón-VIII estaban a punto de cruzarse con los proyectiles enemigos, ordenó a Lee Fowler que los hiciese estallar.

Fowler accionó el dispositivo 'correspondiente.

Hubo suerte, y dos de los proyectiles enemigos fueron destruidos.

También les acompañó la fortuna en el segundo lanzamiento, y los cohetes CUATRO, CINCO y SEIS, al estallar, destruyeron el único proyectil enemigo que se había librado de la destrucción en el primer lanzamiento.

Los tripulantes de la Tritón-VIII atronaron con sus gritos de júbilo el puente de mando de la astronave.

—¡Alan! —llamó Roy Grahame.

—¡A la orden, comandante!

—¡Dirige la astronave hacia el punto desde donde surgen los proyectiles enemigos!

Los miembros de la tripulación se miraron entre sí.

—¿Vamos a ir en busca del enemigo, comandante?

—preguntó Remick.

—Sí, Alan. Tenemos que dar con él y destruirlo, antes de que ellos nos destruyan a nosotros.

—Muy bien, señor.

Alan Remick realizó la oportuna modificación de rumbo y la Tritón-VIII fue en busca de la astronave enemiga.

—Atento al radar, Peter — indicó Roy—. Es posible que no tarde en

detectar la astronave de nuestros enemigos.

—O nuevos proyectiles atómicos, lanzados por ellos — repuso Hopkins, tragando saliva con dificultad.

Roy le dio una palmada cariñosa a la espalda.

—Si nos atacan de nuevo, nos defenderemos, Peter.

No hubo más comentarios.

Todo el mundo guardó silencio absoluto.

Roy Grahame permaneció junto a Peter Hopkins, los ojos fijos en la pantalla del radar.

Transcurrió un minuto.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cuando estaba a punto de transcurrir el quinto, el radar detectó un objeto volador que viajaba en dirección opuesta a la Tritón-VIII.

Es decir, al encuentro de la astronave.

—¡Mire, comandante! — exclamó Hopkins.

—Lo estoy viendo, Peter — respondió Roy.

—¿Será otro proyectil atómico, señor?

—No, se aproxima a menor velocidad que los proyectiles. Debe ser la astronave de nuestros enemigos.

—¿Mantengo el rumbo, comandante? — Inquirió Remick.

—Por supuesto, Alan.

Lee Fowler se humedeció los labios con la lengua, porque se le habían quedado resecos.

—¿Les obsequiamos con unos cuantos de nuestros cohetes, comandante? — sugirió.

—Todavía no, Lee. Debemos esperar a que su astronave aparezca en la pantalla telescópica. Si, efectivamente, se trata de nuestro misterioso enemigo, les enviaremos tres de nuestros cohetes.

—¿Y qué pasará si son ellos los que nos lanzan primero otros tres de los suyos? — preguntó Mike Bentley, los ojos clavados en la pantalla telescópica que tenía a su cargo—. Dada la escasa distancia que nos separa, no tendríamos tiempo de efectuar más que un solo lanzamiento de cohetes. Como mucho, dos...

—Lo sé, Mike Pero no podemos estar huyendo siempre de ellos, tenemos que hacerles frente, por muy arriesgado que sea. Si no nos enfrentamos a ellos...

—¡Ya los tenemos en pantalla, comandante! —gritó Bentley, respingando sobre su silla.

Todos se quedaron con la boca abierta.

Incluido Roy Grahame.

La imagen que ofrecía la pantalla del telescopio no era para menos.

Se trataba de una nave espacial, de eso no había duda.

Pero era enorme.

Diez veces, por lo menos, mayor que la Tritón-VIII.

Ytenía un diseño rarísimo.

Pero no por ello resultaba fea.

Al contrario, era muy bella.

Tanto, que a Roy Grahame le dolía tener que ordenar a Lee Fowler que lanzase tres de los cohetes atómicos de la Tritón-VIII contra ella.

Pero no tenía más remedio que hacerlo.

Los tripulantes de aquella grandiosa y hermosa nave espacial ya habían dado muestras de su poderío.

A Roy Grahame le hubiera gustado capturarla intacta y llevarla a la Tierra, para que los científicos del C.I.E. estudiasen su estructura, su funcionamiento, su avanzada tecnología...

Más ello no era posible.

Había que destruirla.

O, al menos, intentarlo.

Roy Grahame ordenó:

—¡Lanza tres de nuestros cohetes, Lee!

—¡A la orden, señor!

Fowler accionó los dispositivos de lanzamiento de los cohetes SIETE, OCHO y NUEVE.

Los tres cohetes partieron en busca de su objetivo.

Casi al instante, la nave espacial enemiga lanzaba tres de sus proyectiles atómicos.

El objetivo de los mismos era interceptar los cohetes de la astronave terrestre.

Ylo cumplieron a la perfección.

Se produjo un potente estallido y tanto las señales de los cohetes de la Tritón-VIII, como las de los proyectiles enemigos, desaparecieron de la pantalla del radar.

—¡Han destruido nuestros cohetes, comandante! — aulló Hopkins.

—Era de esperar — respondió Roy Grahame.

—¡Si nos lanzan ellos ahora los suyos estamos perdidos! — exclamó Bentley.

—Eso no sucederá, Mike.

—¿Por qué está tan seguro, comandante? — preguntó Remick.

—Es evidente que ya no quieren destruirnos, sino capturarnos vivos.

—¡Dios mío, no! —gimió Samantha Fleming, que estaba junto al comandante de la Tritón-VIII.

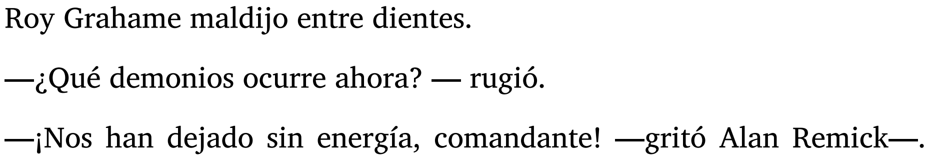
—Haremos lo posible por impedirlo, muchachos, no os preocupéis — dijo Roy. Seguidamente, indicó —: Vamos, Lee, lanza otros seis de nuestros cohetes contra esa condenada nave extraterrestre.

—¡Bien, comandante!

Fowler se dispuso a accionar los dispositivos de lanzamiento de los cohetes DIEZ, ONCE, DOCE, TRECE, CATORCE y QUINCE.

Justo en aquel instante, se apagaron todas las luces de la astronave.

Se escucharon algunos gritos de pánico, todos ellos femeninos.



Roy Grahame maldijo entre dientes.

—¿Qué demonios ocurre ahora? — rugió.

—¡Nos han dejado sin energía, comandante! —gritó Alan Remick—. ¡Los reactores no funcionan!

—¡ No podemos lanzar más cohetes contra la nave enemiga! —aulló Lee Fowler—. ¡Estamos a su merced!

—No perdáis la calma, muchachos! —rogó Roy Grahame—. ¡Mientras sigamos con vida, estaremos en condiciones de salir de esto!

Samantha Fleming se abrazó fuertemente a él.

—¡Estoy aterrorizada, Roy! —musitó.

—Tranquilízate, Samantha. Si hay algún medio de escapar de sus garras, lo encontraré, te lo prometo.

De pronto, un sinfín de puntitos luminosos, de tono rojizo, atravesaron el mirador del puente de mando.

El comandante Grahame y los miembros de su tripulación se vieron obligados a llevarse las manos a la cabeza, creyendo, cada cual, que su cerebro iba a estallar en pedazos de un momento a otro.

Era tan intenso el dolor que sentían, que en pocos segundos, todos quedaron tendidos en el suelo, desvanecidos.

CAPITULO VII

Roy Grahame fue el primero en recobrar el conocimiento.

Al principio, sus ojos no lograban ver con claridad, pero poco a poco se fue disipando aquella especie de neblina que lo envolvía todo y entonces pudo saber dónde se encontraba.

Desde luego, no en la Tritón-VIII.

Aquella extraña sala debía ser una de las muchas que sin duda tenía la nave espacial extraterrestre.

Era de forma rectangular, y sólo tenía una puerta.

Roy Grahame se desentendió por el momento de la sala y se ocupó de despertar a Samantha Fleming, que yacía cerca de él, en el suelo, como el resto de la tripulación.

La doctora recuperaba el sentido poco después.

Hopkins, Bentley, Fowler, Remick, June y los demás fueron recobrándose también, poco a poco.

Todos observaban, entre sorprendidos y atemorizados, la extraña sala en la que se hallaban.

—¿Dónde nos encontramos, comandante? — preguntó Alan Remick.

—En la nave extraterrestre, supongo — respondió Roy—. ¿Estáis todos bien?

—A mí me duele la cabeza como si me hubiesen dado de martillazos — rezongó Peter Hopkins, rozándose la sien derecha con las yemas de los dedos.

—Y a mí — gruñó Mike Bentley, imitando a Hopkins.

—A todos nos duele, por lo que veo — mascullió Lee

Fowler—. Fueron aquellos malditos puntitos luminosos que penetraron a través del mirador.

—Una prueba más del inmenso poder de los seres que tripulan esta enorme nave espacial—-comentó Roy Grahame, observando su funda

vacía, pues había desaparecido la pistola de rayos láser.

—¿Qué aspecto tendrán? — murmuró Samantha Fleming.

—Presiento que no tardaremos en saberlo — respondió Roy —. Deben estar viéndonos a través de alguna pantalla. Y escuchando nuestra conversación. Pronto se dejarán ver.

—Aunque nos estén escuchando, dudo que entiendan una sola palabra de lo que hablamos — dijo Remick—. Si no son terrestres…

—Pero son seres muy inteligentes, Alan — repuso Roy—. A mí no me extrañaría en absoluto que entendiesen nuestro lenguaje. Por otra parte, lo preferiría, porque de ese modo podríamos entendernos con ellos y preguntarles qué ha sido de la Centauro-IV y la Plutón-VI, y de sus respectivas tripulaciones.

—Y de la Tritón-VIII…—añadió Fowler.

—Deben de haberla destruido — opinó Hopkins.

—Es posible — admitió Roy —. Aunque también cabe la posibilidad de que se halle en esta nave, en algún hangar. Espacio para ello, desde luego, hay de sobra.

Se produjo un silencio.

June lo interrumpió, inquiriendo:

—¿Qué pensarán hacer con nosotros, comandante Grahame?

—No lo sé, June — respondió Roy —. Pero espero que no sea nada malo. Tuvieron oportunidad de acabar con todos nosotros destruyendo la Tritón-VIII. Sin embargo, no lo hicieron, se tomaron la molestia de atrapamos vivos y traernos a su nave.

—Por dos veces intentaron destruir nuestra astronave y escabecharnos a todos con sus poderosos proyectiles atómicos, comandante — recordó Remick.

—Es cierto. Pero cambiaron de idea. Eso me da ciertas esperanzas de que no nos hayan apresado para causarnos daño, sino para conocernos, para averiguar cosas de nuestro planeta.

— O para estudiar nuestro organismo — agregó Bentley.

Roy Grahame observó que varias de las mujeres de la tripulación se estremecían, entre ellas, Samantha Fleming.

Sin embargo, no rechazó la posibilidad de que, en efecto, aquellos seres de otro mundo hubiesen preferido capturarlos vivos para someterlos a estudios científicos y a dolorosos experimentos.

Que no eran unos seres pacíficos, ya lo habían demostrado sobradamente.

De pronto, la puerta de la extraña sala se abrió silenciosamente y cinco hombres penetraron en ella.

¡Sí!

¡HOMBRES!

¡Hombres iguales a los terrestres!

Totalmente idénticos a los seres varones de la Tierra, desde la cabeza a los pies. Estatura, corpulencia, facciones del rostro, color de la piel, miembros superiores e inferiores… La única diferencia apreciable estribaba en el pelo, pues los cinco lo tenían muy corto y plateado.

Su forma de vestir era también similar a la de los hombres de la Tritón-VIII, traje espacial de una sola pieza, dorado, muy brillante, flexibles botas y un ancho cinturón.

Cuatro de aquellos hombres empuñaban con firmeza sendos subfusiles, y apuntaban con ellos a los prisioneros terrestres.

El quinto hombre no esgrimía arma alguna, aunque de su cinto pendía una funda con una enorme pistola.

Tanto los subfusiles, como la pistola, parecían ser armas de rayos desintegradores.

El hombre de la pistola, de cuyo cuello pendía una cadena con un extraño medallón, se destacó ligeramente del grupo y quedó a unos tres metros de los tripulantes de la Tritón-VIII.

Tras abarcarlos a todos con la mirada, una mirada llena de superioridad y de orgullo, habló en su misma lengua:

—Mi nombre es Hurk, y soy el comandante de esta nave, que procede del Sistema Uta, de esta misma galaxia, a la que vosotros, habitantes de la Tierra, llamáis la Vía Láctea. Sois prisioneros de la gran Lya, reina del Sistema Uta, que viaja a bordo de esta nave.

Hurk hizo una pausa, la cual aprovecharon los tripulantes de la Tritón-VIII para mirarse entre sí, pero sin atreverse a romper el

silencio.

El comandante de la nave extraterrestre clavó sus ojos en la figura de Roy Grahame, de cuyo brazo se había cogido instintivamente Samantha Fleming al ver aparecer a los cinco alienígenas.

—Nuestra soberana desea hablar contigo, Roy Grahame. Te conduciré a su presencia — indicó.

Roy compuso un gesto de sorpresa.

—¿Cómo sabes que me llamo Roy?

Hurk sonrió por primera vez, mostrando unos dientes blancos, correctamente alineados.

—Sé muchas cosas sobre ti, terrestre. Entre otras, que trabajas para el C.I.E., que eres uno de sus más expertos e intrépidos comandantes, que tu astronave, la Tritón-VIII, es una de las más modernas y poderosas de cuantas existen en la Tierra. Aunque, comparada con la nuestra... — la sonrisa del extraterrestre se tornó harto significativa.

—¿Qué ha sido de la Tritón-VIII? — inquirió Roy.

—No la hemos destruido, si es eso lo que te preocupa, terrestre. Se encuentra a bordo de nuestra nave.

Roy también sonrió.

—Me alegra oír eso, Hurk. Pero, dime, ¿cómo sabes tantas cosas sobre mí?

—George Walker, el comandante de la Centauro-IV, nos informó. Muy a su pesar, claro.

La sonrisa desapareció de los labios de Roy Grahame.

—¿También capturasteis la Centauro-IV?

—Sí — asintió Hurk.

—¿Se encuentra a bordo de vuestra nave, como la Tritón-VIII?

—No. La Centauro-IV fue destruida dos días después de haber sido capturada por nosotros.

—¿Por qué la destruisteis?

—Ya la habíamos estudiado, y no nos servía para nada.

—¿Qué ha sido del comandante Walker y su tripulación?— inquirió Roy, con voz ligeramente enronquecida.

—El comandante Walker, y los doce hombres que viajaban en la Centauro-IV, fueron ejecutados una semana después de haber sido apresados. Las doce mujeres, no. Ellas siguen con vida, y realizan distintos trabajos en nuestra nave. Todos ellos propios de esclavas, naturalmente.

—¡El comandante Walker y sus hombres ejecutados! — gritó Alan Remick, ronco de ira.

—¡Y nuestras mujeres son ahora esclavas de estos malditos! —rugió Mike Bentley, colérico también.

—¡Qué horror, Dios mío!—musitó Samantha Fleming, sintiéndose desfallecer.

—¡Canallas...!—barbotó Peter Hopkins, dando un paso hacia el comandante de la nave extraterrestre, con los puños rabiosamente apretados.

—¡Quieto ahí, terrestre! —ordenó Hurk—. ¡Obedece o mis hombres te desintegrarán!

Como a pesar de la amenaza del alienígena, Hopkins parecía dispuesto a lanzarse sobre él, Roy Grahame lo cogió por un brazo.

—No hagas tonterías, Peter. Hurk no amenaza en vano.

—Déjeme, comandante. Tengo que retorcerle el cuello a ese hijo de cincuenta padres.

—No lo lograrás, muchacho. Sus hombres te convertirían en polvo mucho antes de que llegaras siquiera a rozarle con tus manos.

—Moriremos de todos modos, comandante.

—Mientras hay vida, hay esperanza, Peter.

Hopkins miró con intenso odio a Hurk.

—No sé si podré contenerme, comandante — masculló—. Lo que hicieron estas alimañas...

—Sé cómo te sientes, Peter. Yo me siento igual. Todos nos sentimos como tú. Pero de nada serviría que nos dejásemos desintegrar todos por los hombres de Hurk.

Hopkins asintió.

—Creo que tiene usted razón, comandante.

—Mucha razón, terrestre — dijo, sonriendo, el comandante de la nave espacial procedente del Sistema Uta.

Roy Grahame interrogó:

—¿Qué pasó con la Plutón-VI, Hurk? ¿Lo mismo que con la Centauro-IV?

Hurk movió la cabeza en sentido negativo.

—No, terrestre. La Plutón-VI fue destruida por tres de nuestros cohetes atómicos.

—¡Oh, no...! —gimió Samantha Fleming, horrorizada.

Roy Grahame endureció los músculos del rostro,mientras sentía que la sangre le quemaba en las venas.

—¿Por qué, Hurk?

El comandante extraterrestre explicó:

—Tenemos que realizar cierta misión en la Tierra, pero, antes de acercarnos a ella, debíamos destruir la Plutón-VI y la Tritón-VIII, que, junto con la Centauro-VI, eran las únicas astronaves terrestres que podrían dificultar nuestra misión. A esa conclusión llegamos después de exprimirle el cerebro al comandante Walker. Destruir la Plutón-VI fue muy sencillo, pues su comandante, Glenn Steel, no supo encontrar el modo de interceptar nuestros cohetes atómicos. La Tritón-VIII, en cambio, fue capaz de rechazar no sólo nuestro primer ataque, sino también el segundo. Y, además, tuvo la osadía de venir a nuestro encuentro, aun sabiéndose en inferioridad de condiciones. Y de atacarnos con sus cohetes. Esto impresionó mucho a nuestra soberana, la gran Lya. Deseosa de conocer personalmente al audaz" comandante de la Tritón-VIII, la gran Lya me ordenó capturar la astronave. Y eso fue lo que hicimos. ¿Alguna pregunta más, terrestre?

Roy Grahame estuvo tentado de preguntarle a Hurk cual era la misión que debían realizar en la Tierra, pero no lo hizo, porque adivinaba que el alienígena no se lo diría.

El comandante de la nave extraterrestre, al ver que Roy Grahame guardaba silencio, ordenó:

—Sígueme, terrestre. La gran Lya ya debe de estar impacientándose.

Roy Grahame se soltó con suavidad de Samantha Fleming y miró a todos los miembros de su tripulación.

—No os preocupéis por mí, muchachos — dijo, y luego avanzó hacia Hurk.

CAPITULO VIII

El comandante de la nave extraterrestre giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta, la cual se abrió de nuevo automáticamente, sin producir el menor ruido.

Hurk la cruzó, seguido de Roy Grahame.

Tras éste, abandonaron la sala los cuatro alienígenas que empuñaban subfusiles de rayos desintegradores.

La puerta volvió a cerrarse silenciosamente.

Dos de los hombres de Hurk se quedaron junto a ella, custodiándola.

Los otros dos siguieron a su comandante y al prisionero terrestre.

Hurk se detuvo ante lo que parecía la cabina de un elevador, cuya puerta se abrió automáticamente.

En efecto, se trataba de un elevador.

Hurk penetró en la cabina.

También Roy Grahame.

Los dos extraterrestres hicieron lo propio, sin dejar de apuntar en ningún momento al comandante de la Tritón-VIII con sus armas.

La puerta de la cabina se cerró.

Hurk oprimió uno de los discos que se alineaban verticalmente en la pared de la derecha y el elevador se puso en movimiento.

Segundos después, se detenía.

La puerta se abrió y los cuatro hombres abandonaron la cabina.

Hurk echó a andar por un ancho corredor, seguido de Roy Grahame y los dos alienígenas que vigilaban a éste.

El comandante de la nave extra terrestre se detuvo ante una puerta que estaba custodiada por dos hombres armados también con subfusiles de rayos desintegradores.

Hurk cruzó aquella puerta, siempre seguido de Roy Grahame y el par de vigilantes del terrestre.

Roy se encontró en una sala cuya decoración le recordó mucho los aposentos de las princesas del antiguo y lejano Oriente.

Vistosos cortinajes, grandes y mullidos almohadones, de todos los colores, esparcidos por el suelo, y media docena de bellas y exuberantes mujeres recostadas sobre ellos, cubiertas sólo con unas finas e insinuantes telas transparentes.

Roy no pudo por menos que admirar los espléndidos cuerpos de aquellas seis bellezas del Sistema Uta, que se le ofrecían desnudos bajo las insignificantes vestimentas.

Todas ellas tenían el cabello largo y dorado como el oro, los ojos grandes, ligeramente rasgados, la boca grande y sensual.

Las seis mujeres sonrieron coquetamente al verse observadas por el apuesto terrestre, al que observaron detenidamente a su vez.

Al fondo de la sala, había otra puerta, custodiada igualmente por dos hombres armados con subfusiles de rayos desintegradores.

La puerta se abrió, y Hurk, Roy Grahame, y los dos alienígenas que vigilaban al comandante terrestre penetraron en la sala contigua, mucho más lujosa y exótica que la anterior.

En el centro de la misma, recostada sobre varios almohadones, se hallaba una mujer de increíble hermosura. Se cubría con una túnica azul celeste, tan ligera, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

Y qué cuerpo…

Roy Grahame tuvo que admitir que jamás había visto nada que se le pudiera comparar.

También era impresionante el «bichito» que, tendido sobre los almohadones, se dejaba acariciar mansamente por la hermosa mujer.

Se parecía mucho a un tigre terrestre, por su gran tamaño, por su pelaje, amarillento, con rayas negras, y por sus poderosos colmillos, aunque, su cabeza, tenía una forma diferente.

Hurk inclinó respetuosamente la cabeza ante la bella mujer.

—Gran Lya, aquí tienes a Roy Grahame, el comandante de la Tritón-VIII — dijo, en el lenguaje que se hablaba en el Sistema Uta.

Ella no habló.

Se limitó a escrutar, con sus preciosos ojos azules, al prisionero terrestre, al tiempo que sus labios, del color de las cerezas, se distendían en una sonrisa que incitaba a comérselos a besos.

Hurk se volvió hacia Roy Grahame.

Al verlo totalmente erguido, ordenó:

—Inclina la cabeza ante la gran Lya, terrestre.

Roy continuó como estaba.

—¡He dicho que inclines la cabeza, terrestre! —gritó Hurk.

—Lo siento, me duele el cuello — respondió Roy.

—¡Insolente…! —barbotó Hurk, haciendo ademán de golpear al terrestre.

Roy se dispuso a defenderse.

—¡Hurk! — gritó la hermosa Lya, autoritaria.

El comandante de la nave extraterrestre bajó el puño y se volvió hacia su soberana.

—Gran Lya…

Ella, en su lengua, le ordenó:

—Retírate, Hurk. Quiero estar a solas con el terrestre.

—¿No será peligroso, gran Lya?

—¿Por qué peligroso? ¿Acaso el terrestre no va desarmado?

—Sí, gran Lya; no lleva arma alguna. Pero, aun así…

La reina del Sistema Uta volvió a sonreír.

—No temas nada, mi fiel Hurk. Si el terrestre intenta causarme algún daño, cosa que no creo, «Zulo» se encargará de él — dijo, mirando por un momento al felino que tanto se parecía a un tigre terrestre.

El animal, como si entendiera lo que decía la escultural Lya, abrió las fauces y lanzó un rugido.

—Como tú ordenes, gran Lya — asintió Hurk, inclinando de nuevo la cabeza.

Dio media vuelta y abandonó el aposento de su soberana, seguido de los dos hombres que habían custodiado al comandante terrestre.

La reina del Sistema Lita esperó a que la puerta se cerrase por completo y entonces, mirando a Roy Grahame, habló en la lengua de éste:

—Acércate, terrestre — rogó, más que ordenó, sonriendo de aquella forma tan turbadora.

Roy vaciló.

—¿No me comerá tu «gatito», gran Lya? — preguntó, mirando con recelo a la fiera.

—No, mientras yo no se lo ordene.

—Ya.

—Vamos, acércate.

—Estoy bien aquí, gracias.

—¿Tanto miedo le tienes a «Zulo»?

— ¿Se llama así el «gatucho»?

—¿ Cómo?

—Que si se llama así la fiera — Roy señaló al animal.

—Sí, se llama «Zulo».

—Bien, pues no pienso acercarme a ti si «Zulo» no se aleja unos

metros, gran Lya.

—Se lo ordenaré si tú prometes que no me causarás ningún daño —condicionó ella.

—Prometido — accedió Roy.

La reina del Sistema Uta le habló al animal y éste, obediente como un perrito, se levantó y se dirigió a uno de los ángulos de la fastuosa sala, donde se sentó, observando desde allí al terrestre, al cual dedicó una dentellada al aire, como advirtiéndole: «Si atacas a la gran Lya, te haré pedazos en unos segundos, terrestre.»

Roy no dudó de que así sería.

Sin perder de vista a la fiera, se acercó a la bella Lya.

—Siéntate a mi lado, terrestre.

Roy se dejó caer sobre uno de los almohadones.

Miró a la reina del Sistema Uta, sobre cuyos cabellos descansaba una preciosa diadema de oro y rubíes.

—Debe valer una fortuna...—murmuró Roy.

—¿El qué? — preguntó ella.

—La diadema que luces en la cabeza. Y el collar. Y los pendientes. Y los brazaletes. Y las tres sortijas...

La subyugante Lya sonrió halagada.

—Las joyas de una reina tienen que ser las más hermosas y valiosas, terrestre.

—Sí, claro.

Roy desvió los ojos hacia «Zulo».

El animal continuaba en el mismo sitio, quieto, pero presto a lanzarse sobre el terrestre si era necesario.

—Tan bonitos y tan dóciles que son los gatos de Angora...— rezongó por lo bajo.

—¿Decías, terrestre?

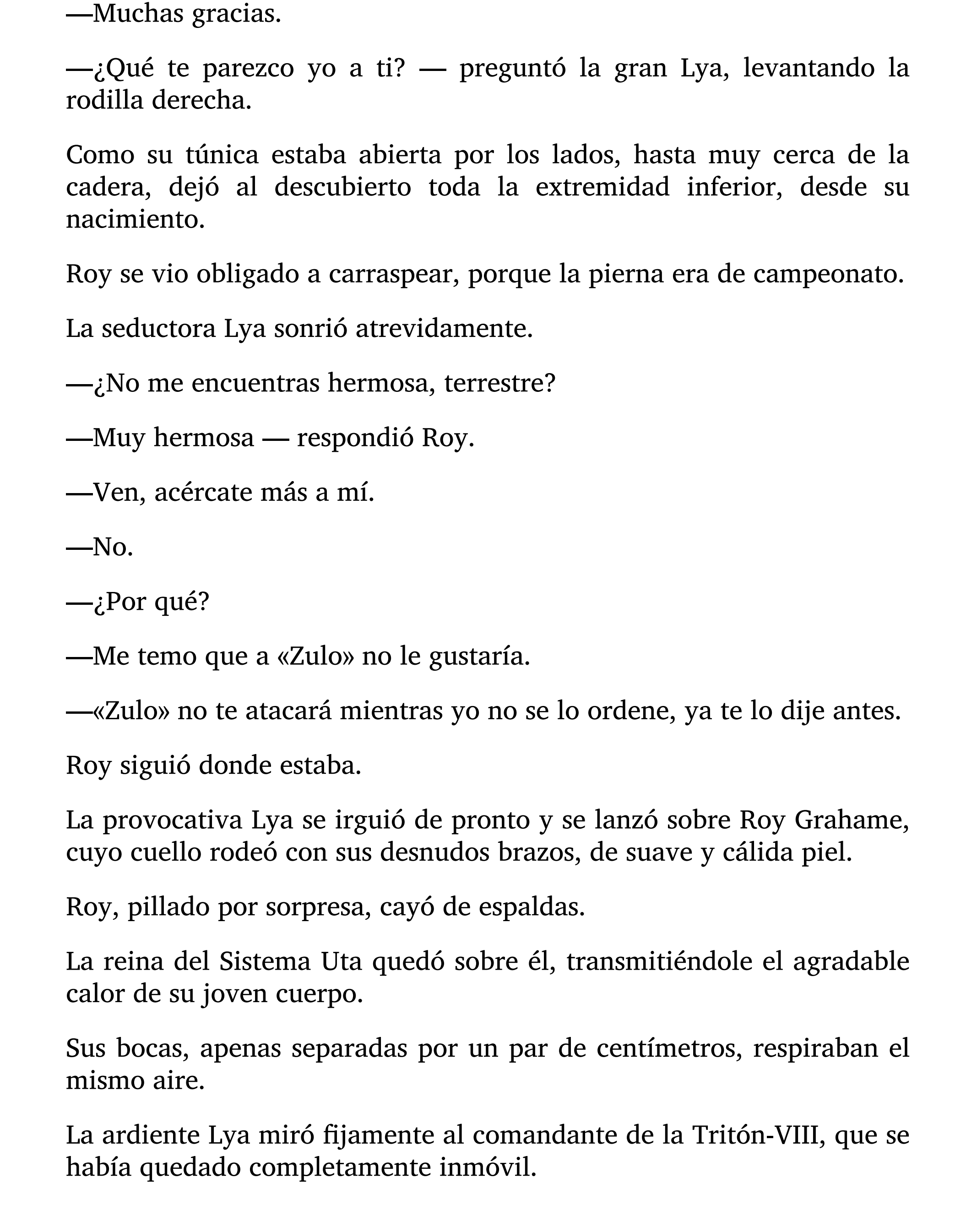
—No, nada — respondió Roy, mirando de nuevo a la soberana del Sistema Uta.

Ella también le miró.

—¿Sabes que eres un hombre muy apuesto, terrestre?

—¿Tú crees?

—El hombre más apuesto que he conocido jamás.



—Muchas gracias.

—¿Qué te parezco yo a ti? — preguntó la gran Lya, levantando la rodilla derecha.

Como su túnica estaba abierta por los lados, hasta muy cerca de la cadera, dejó al descubierto toda la extremidad inferior, desde su nacimiento.

Roy se vio obligado a carraspear, porque la pierna era de campeonato.

La seductora Lya sonrió atrevidamente.

—¿No me encuentras hermosa, terrestre?

—Muy hermosa — respondió Roy.

—Ven, acércate más a mí.

—No.

—¿Por qué?

—Me temo que a «Zulo» no le gustaría.

—«Zulo» no te atacará mientras yo no se lo ordene, ya te lo dije antes.

Roy siguió donde estaba.

La provocativa Lya se irguió de pronto y se lanzó sobre Roy Grahame, cuyo cuello rodeó con sus desnudos brazos, de suave y cálida piel.

Roy, pillado por sorpresa, cayó de espaldas.

La reina del Sistema Uta quedó sobre él, transmitiéndole el agradable calor de su joven cuerpo.

Sus bocas, apenas separadas por un par de centímetros, respiraban el mismo aire.

La ardiente Lya miró fijamente al comandante de la Tritón-VIII, que se había quedado completamente inmóvil.

—Me gustas, Roy Grahame…

—Gran Lya, creo que…

Ella le interrumpió, sellándole la boca con un ardoroso beso.

Roy estuvo tentado de devolvérselo, pero recordó al comandante Walker, al comandante Steel, y a las tripulaciones de ambos, y se le fueron instantáneamente las ganas de saborear los labios de la soberana del Sistema Uta, llenos de fuego y pasión.

Repentinamente, la bella Lya levantó la cabeza.

—¿Por qué tus labios permanecen inmóviles, terrestre?— inquirió, defraudada.

—Porque no deseo besarte, gran Lya — respondió Roy. -¿Eh…?

—Bueno, desearlo, sí lo deseo, pero…

—¿Qué es lo que te detiene?

—No puedo olvidar que tú ordenaste la ejecución del comandante Walker y de los doce hombres de su tripulación, que tienes a doce mujeres terrestres prisioneras en tu nave, obligándolas a realizar trabajos propios de esclavas, que ordenaste la destrucción de la Plutón-VI, en la que viajaban el comandante Steel y los veinticuatro miembros de su tripulación, que ordenaste destruir también la Tritón-VIII…

La hermosa Lya se apartó de él lentamente, con el semblante triste.

Roy se irguió, quedando sentado de nuevo.

Al ver que la reina del Sistema Uta no se decidía a hablar, inquirió:

—¿Por qué ordenaste la muerte de todas esas personas, gran Lya?

Ella, después de morderse los labios, murmuró:

—Yo no di esas órdenes, terrestre.

CAPITULO IX

Roy Grahame entrecerró los ojos.

— ¿Que tú no diste esas órdenes?

—No — respondió la gran Lya, cabizbaja.

—¿Quién las dio, entonces? — interrogó Roy.

—Hurk.

—Contando con tu consentimiento, supongo...

—Ni siquiera me consultó.

Roy quedó muy sorprendido.

—¿Cómo es posible, gran Lya? ¿Acaso Hurk tiene más poder que tú?

—En cierto modo, así es.

—No lo entiendo.

—Hurk es el comandante de esta nave, y mientras permanezcamos lejos del Sistema Uta, él es quien da las órdenes. Yo podría imponer mi autoridad, lo sé, pero no me atrevo a discutir las decisiones de Hurk.

— ¿Le tienes miedo?

—No, en absoluto — sonrió suavemente ella —. Si sigo con vida, es precisamente gracias a Hurk. De no ser por él, los cabecillas de la revolución que recientemente se produjo en el Sistema Uta, me hubiesen apresado y ordenado mi ejecución.

—¿Revolución?... ¿Apresado?... ¿Ejecución?...

La bella Lya sonrió, esta vez, tristemente.

—¿Te gustaría conocer la historia, terrestre?

—Siento una gran curiosidad, lo confieso — respondió Roy.

—Te la contaré si me das un beso.

—Gran Lya...

—Aunque sea pequeñito.

—Cuando me hayas contado la historia, ¿de acuerdo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Vamos, empieza ya, gran Lya.

La cautivadora Lya comenzó a explicar:

—El Sistema Uta cuenta con siete planetas, que giran en torno a Ega, nuestra estrella. De los siete plañetas, sólo tres de ellos son habitables, pues hay oxígeno, una temperatura adecuada, y la atmósfera que los rodea los protege contra las radiaciones perjudiciales de nuestra estrella. En los otros cuatro, no es posible la vida, pues, por estar mucho más alejados de Ega, la temperatura es bajísima. Carecen, además, del oxígeno necesario. Pero nos son útiles, pues de ellos extraemos gran cantidad de valiosos minerales.

—Continúa, gran Lya — rogó Roy.

Ella prosiguió:

—En el Sistema Uta, hasta la muerte de mi padre, el gran Osmón, todo fue bien, pues vivíamos en paz y no teníamos problemas de ningún tipo. Al fallecer mi padre, sin embargo, víctima de un ataque al corazón, la situación cambió totalmente, y empezaron a sucederse los problemas y los conflictos. Hurk, que fue el brazo derecho de mi padre, se esforzó lo indecible por solucionarlos, pero no pudo restablecer la paz y el orden en el Sistema Uta. Todo el mundo apreciaba a mi padre, Y yo siempre creí que a mí también se me quería, pero desgraciadamente, estaba equivocada. Lo que querían era mi muerte...

—¿Sabes por qué? — preguntó Roy.

La bella Lya, con los ojos húmedos, cabeceó en sentido negativo.

—No, terrestre, no lo sé. Mi padre, el gran Osmón era un hombre bueno, justo, y bondadoso, y yo siempre creí haber heredado esas cualidades de él. Pero, por lo visto, no es así... Muchas cosas malas he debido de hacer, para que las gentes del Sistema Uta desearan mi muerte.

—¿No recuerdas ninguna?

—No.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. El caso es que se produjo la temida revolución y me vi obligada a huir del Sistema Uta, para salvar mi vida. Hurk logró reunir un numeroso grupo de personas, doscientas cuarenta exactamente, entre hombres y mujeres, cuya lealtad hacia mí estaba fuera de toda duda, y a bordo de esta nave, la mejor dotada de todas las que teníamos en el Sistema Uta, emprendimos la fuga... Hurk confiaba en encontrar, en otro Sistema, algún planeta de características similares a los tres que nosotros habitábamos en el Sistema Uta, para rehacer allí nuestras vidas.

La gran Lya hizo una breve pausa y continuó:

—Tras varias semanas de navegación, descubrimos lo que, según vosotros, los terrestres, llamáis el Sistema Solar. De los nueve planetas que giran en torno a su estrella, el Sol, la Tierra parecía ser el único que reunía las condiciones necesarias para poder vivir en él. Eso pensó Hurk, y su teoría se confirmó cuando capturamos la Centauro-IV. Al comandante Walker se le colocó un casco electrónico y todos los conocimientos que almacenaba su cerebro fueron absorbidos por una de nuestras computadoras. Esa es la razón de que ahora sepamos tanto como vosotros, los terrestres, del planeta Tierra y del Sistema Solar, y de que incluso hayamos podido aprender vuestro lenguaje.

—Sigue, gran Lya.

—Hurk ideó un plan: acercarse a la Tierra y enviar, utilizando una de las tres pequeñas naves que viajan en el hangar de esta gran nave, un grupo de emisarios a entrevistarse con las altas jerarquías del Gobierno terrestre, a las que amenazarían con arrasar el planeta si se negaban a prestar su colaboración.

—¿Colaboración? — repitió Roy.

—Hurk quiere que los ingenieros de la Tierra, a los que él dirigiría, construyan dos docenas de naves espaciales, mucho más reducidas que ésta, pero igualmente poderosas. Con ellas, Hurk asegura que podremos recuperar el dominio del Sistema Uta. Yo no tengo demasiadas ganas de volver a nuestro Sistema, después de lo ocurrido, pero Hurk insiste en que debemos regresar y castigar ejemplarmente a los cabecillas de la revolución, a los que culpa de haber soliviantado a las gentes del Sistema Uta contra mí, utilizando burdas patrañas. Es posible que esté en lo cierto, ¿no crees, Roy Grahame?

—Tal vez — respondió Roy—. Continúa, gran Lya, por favor.

Ella exhaló un suspiro.

—Ya queda poco que contar, terrestre. Hurk, sin consultarme, ordenó la ejecución del comandante Walker y de los doce hombres de su tripulación. Cuando le pregunté por qué lo hizo, me respondió que era muy peligroso tener a bordo, aunque fuese bajo continua vigilancia, a trece hombres terrestres. Las mujeres, según él, no suponían ningún peligro. Por eso las dejó con vida. Poco después, nos encontramos con la Plutón-VI. Hurk ordenó su destrucción. Y, más tarde, ordenó destruir también la Tritón-VIII. Tú, sin embargo, lograste evitarlo. Por dos veces. Y viniste a nuestro encuentro, demostrando un valor que me impresionó profundamente. Por eso le ordené a Hurk que no destruyese tu astronave, que se limitase a capturarla, porque quería conocerte personalmente. Hurk accedió, aunque a regañadientes.

—¿Y qué va a pasar ahora que ya me has conocido?

—¿Qué va a pasar?

—Sí.

La hermosa Lya se mordió los labios.

—No lo sé, terrestre — respondió, muy bajo.

—Yo te lo diré, gran Lya: Hurk ordenará mi ejecución y la de mis hombres. A las mujeres las dejará con vida, para que realicen trabajos de esclavas.

—Le ordenaré que no ejecute a nadie más.

—¿Y te hará caso?

La reina del Sistema Uta volvió a morderse los labios, pero no respondió.

Roy la miró fijamente a los ojos.

—No te hará caso, gran Lya, y tú lo sabes. Has perdido tu autoridad. Y no creo que la hayas perdido en esta nave, sino en el propio Sistema Uta. Apostaría mi mano derecha a que de ahí arranca todo.

Ella parpadeó.

—¿Qué quieres decir, terrestre?

—Hurk es un hombre orgulloso, engreído, y violento. Si mientras vivió tu padre, el gran Osmón, no hubo problemas en el Sistema Uta, se debió sin duda a que él sabía controlar y dominar a Hurk, su brazo

derecho, y éste se limitaba exclusivamente a obedecer las órdenes que recibía de tu padre, sin atreverse en ningún momento a tomar decisiones por su cuenta. Contigo, gran Lya, es muy distinto. Tal vez porque eres mujer, y muy joven, además. Tú confías plenamente en Hurk, le dejas tomar decisiones, y, lo que es peor, no te atreves a discutirlas. Tú misma me lo confesaste hace unos minutos.

La bella Lya no supo qué decir.

Roy continuó:

—Sin haber estado nunca en el Sistema Uta, creo saber lo que pasó. Hurk empezó a hacer cosas que no gustaron nada a las gentes de vuestro Sistema, porque sin duda les perjudicaban, y de las cuales tú, por lo que me has contado antes, ni siquiera tenías noticia. Las gentes del Sistema Uta debieron pensar que Hurk cumplía órdenes tuyas, y empezaron a odiarte; tanto, que llegaron a desear incluso tu muerte. Sobrevino la lógica revolución, y Hurk se vio obligado a huir, llevándote con él. Y no creo que te llevara para salvarte la vida, como tú piensas, sino para impedir que se descubriese que él había obrado casi siempre por su cuenta y que tú eras inocente. La soberana del Sistema Uta se había quedado absolutamente perpleja escuchando a Roy Grahame.

—¿De veras piensas que...? — balbuceó.

Roy asintió con la cabeza.

—Es la explicación más lógica a lo sucedido, gran Lya.

La encantadora Lya comenzó a enrojecer de ira.

—Hablaré ahora mismo con Hurk, y si es cierto que...

Roy sacudió la cabeza negativamente.

—Ese no es el camino, gran Lya.

—¿No? — murmuró ella.

—Hurk lo negaría todo, y tú no tienes ninguna prueba contra él.

La gran Lya le miró, interrogante.

—¿Qué puedo hacer, entonces, terrestre?

—Ordenarle a Hurk que se olvide por completo del planeta Tierra y de nosotros, los terrestres, y que ponga rumbo al Sistema Uta — aconsejó Roy.

La hermosa Lya respingó.

—¿Regresar al Sistema Uta…?

—Es el único modo de demostrar tu inocencia, gran Lya. Volver allí y hacer saber a todos que tú no tuviste nada que ver en la mayoría de las disposiciones que llevó a efecto Hurk.

—Si estás en lo cierto, terrestre, Hurk jamás accederá a regresar al Sistema Uta.

—Lo sé. Y ésa será la mejor pruebadequeHurkes el único culpable.

—¿Cómo puedo obligarle a regresar a nuestro Sistema?

—Yo te ayudaré, si quieres.

—¿De veras lo harías? — se sorprendió ella.

Roy sonrió.

—De veras, gran Lya.

—¿Y qué pides a cambio?

—Mi libertad, la de los veinticuatro miembros de mi tripulación, y la de las doce mujeres terrestres que realizan trabajos de esclavas en esta nave.

—¿Sólo eso? — preguntó la bella Lya, ligeramente defraudada.

Roy rió.

—¿Te parece poco?

—Sí, muy poco.

—Pues no pido nada más, gran Lya.

Ella sonrió.

—Ya me encargaré yo de ofrecerte algo más, si todo sale bien.

—Manda llamar a Hurk, gran Lya — indicó Roy, tras un carraspeo.

La sonrisa de la turbadora Lya se tornó maliciosa.

—¿Has olvidado lo que me prometiste, Roy Grahame?

Roy se hizo el despistado.

—¿Qué te prometí?

—Un beso, si te lo contaba todo.

Roy tosió.

—Oh, sí, el beso.

—No irás a faltar a tu promesa, ¿verdad?

—No, claro que no.

La deseable Lya redondeó sus tentadores labios y cerró los ojos.

Roy se rascó la nuca.

Estaba pensando en Samantha Fleming.

Si la doctora llegaba a enterarse de aquello...

En fin, le había prometido un beso a la reina del Sistema Uta y no podía echarse atrás, así que...

Roy acercó su rostro al de la apetecible Lya y posó suavemente sus labios sobre los de ella.

La gran Lya se apresuró a cercar el cuello masculino con sus brazos, pero Roy retiró rápidamente su boca de la de ella y se soltó con delicadeza.

—Te prometí un beso pequeñito, gran Lya —recordó él, sonriendo.

—No ha sido pequeñito, terrestre, ha sido insignificante — protestó ella, con un gracioso mohín de enfado.

—Lo siento, pero...

—Bésame como debe ser o le ordeno a «Zulo» que te coma una pierna — amenazó la ardiente Lya, aunque en broma, naturalmente.

—¿ Sólo una pierna?

Ella sonrió.

—Me gustas demasiado para ordenarle que te coma todo entero — respondió, echándole nuevamente los brazos al cuello.

—Gran Lya...

—La gran Lya quiere que le des un gran beso, Roy Grahame. Y no admite nuevas objeciones.

Dicho esto, la reina del Sistema Uta tomó la iniciativa.

Es decir, que fue ella la que buscó los labios de Roy Grahame.

Ylos encontró.

Roy hizo muy poco por impedirlo.

Apenas nada.

La gran Lya era una mujer irresistible.

YRoy Grahame, como ya le dijera en cierta ocasión a Samantha Fleming, no era de piedra.

Era un hombre de carne y hueso, con sangre en las venas.

Una sangre que la fascinante Lya había sabido excitar.

Roy la estrechó con fuerza entre sus brazos y le devolvió el beso con la misma pasión que lo recibía.

La soberana del Sistema Uta se dejó caer hacia atrás, arrastrando consigo al comandante de la Tritón-VIII, que quedó sobre ella.

Cuando separaron sus bocas, la hermosa Lya pidió:

—Acaríciame, Roy Grahame... Quiero sentir tus fuertes manos sobre la piel de mi cuerpo...

—Gran Lya, debes saber que...

Ella le puso la mano sobre la boca.

—No digas nada, terrestre. Sólo ámame.

Roy, que deseaba decirle que estaba enamorado de una mujer terrestre, de su misma tripulación, apartó la mano femenina que le impedía hablar.

—Gran Lya, no puedo amarte, porque...

—Te deseo, Roy Grahame. No sabes cuánto.

—Escúchame, gran Lya, por favor.

Ella inició una serie de cortos y suaves besos.

—Ámame, terrestre, ámame.

Roy, en vista de que la reina del Sistema Uta no le dejaba hablar, trató

de apartarse de ella.

La bella Lya no le dejó.

Se encadenó a él con fuerza y pegó su boca a la del terrestre.

De nuevo flaqueó la resistencia de Roy Grahame.

Tanto, que hubiera accedido por fin a hacer el amor con la soberana del Sistema Uta.

Pero sucedió algo que enfrió tanto su pasión como la de la gran Lya.

Yde forma instantánea, además.

A un par de metros de ellos se encontraba Hurk. Ninguno de los dos le había oído entrar.

Hurk empuñaba su enorme pistola de rayos desintegradores.

Yen sus ojos se adivinaba el deseo de utilizarla.

CAPITULO X

Roy Grahame se apartó inmediatamente de la hermosa Lya, de cuyas mejillas había huido el color.

Roy hizo ademán de incorporarse, pero Hurk ordenó:

—No te muevas, terrestre. Tú tampoco, Lya.

La reina del Sistema Uta abrió la boca, perpleja.

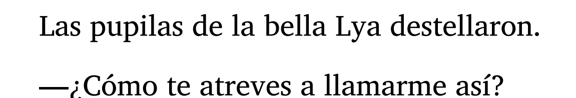
Era la primera vez que Hurk la llamaba Lya a secas, sin el menor respeto hacia ella.

Repuesta de su sorpresa, ordenó a su vez:

—Guarda tu pistola, Hurk.

El comandante de la nave extraterrestre cabeceó en sentido negativo.

—No, Lya.


Las pupilas de la bella Lya destellaron.

—¿Cómo te atreves a llamarme así?

Hurk sonrió.

—He escuchado todo cuanto habéis hablado tú y el terrestre.

La soberana del Sistema Uta se estremeció perceptiblemente.

—¿Qué has...? — balbució.

—Sí, Lya. Yo sospechaba que tú querrías conversar a solas con Roy Grahame, y dejé oculto un micrófono en tus aposentos, antes de traerte al terrestre. Lo escuché todo desde mi despacho.

La gran Lya, mucho más pálida que antes, miró a Roy Grahame.

Este tenía los ojos fijos en Hurk.

Esperando la oportunidad de lanzarse sobre él y arrebatarle el arma.

¿Se le presentaría?

Era lo que Roy se preguntaba.

Hurk no le quitaba la vista de encima, quizá adivinando los propósitos del comandante de la Tritón-VTII.

—Eres un hombre muy inteligente, terrestre — dijo.

—Acerté en todo, ¿verdad, Hurk? — preguntó Roy.

—Plenamente. Las gentes del sistema Uta odian tanto a Lya porque creen que yo actuaba cumpliendo órdenes de ella, pero no era así, actuaba por mi cuenta. Al producirse la revolución, y verme impotente para dominarla, opté por huir del Sistema Uta, llevando conmigo a Lya, para evitar que se descubriese la verdad, como tú has sabido adivinar, terrestre. Sólo una cosa no has sido capaz de adivinar, Roy Grahame: que el gran Osmón no falleció víctima de un ataque al corazón, como los médicos dictaminaron y todo el mundo creyó. Murió porque yo le suministré un eficaz veneno que no deja ninguna huella en el organismo.

—¡Hurk...! —gritó la gran Lya, incrédula.

El comandante de la nave extraterrestre dio una cabezada.

—Sí, Lya, yo asesiné a tu padre. No me gustaba su forma de gobernar, y estaba harto de tener que acatar sus órdenes. Pensé que, si él

muriese, yo podría hacer mi santa voluntad en el Sistema Uta, porque tú no supondrías un obstáculo para mis planes. Eres muy joven todavía, Lya; y muy ingenua. Para ciertas cosas, claro. Para incitar a un hombre a hacer el amor contigo, te las pintas sola.

—¡Canalla...! —barbotó la bella Lya, apretando los puños.

Hurk se echó a reír.

Roy Grahame inquirió:

—¿Qué piensas hacer, Hurk?

—En primer lugar, mataros a los dos.

—Mi muerte no necesitarás justificarla, pero la de la gran Lya...

—Diré que tú me atacaste, que mi pistola se disparó, en el forcejeo, y el rayo desintegrador alcanzó a Lya. Luego, yo conseguí dominarte y acabar contigo. Nadie desconfiará de mi historia.

—¿Y después...?

—Seguiré adelante con mi plan.

—Tu plan es una locura, Hurk. El Gobierno de la Tierra no se someterá a tus deseos.

—Tendrá que someterse, terrestre, o lanzaré un par de docenas de cohetes atómicos sobre el planeta y desaparecerá totalmente la vida de la faz de la Tierra.

El rostro de Roy Grahame se crispó.

—¿Serías capaz de cometer una monstruosidad semejante?

—No lo dudes, terrestre.

—La gran Lya te ha llamado canalla, pero eso me parece muy poco.

Hurk desvió ligeramente el arma y apuntó a su soberana.

—Se acabó la charla, terrestre. Tú, Lya, vas a ser la primera en desaparecer.

—¡No, Hurk! —suplicó ella.

—Lo siento, Lya, pero no puedo dejarte con vida.

Hurk se dispuso a apretar el gatillo del arma.

Roy Grahame, viendo que no se le presentaba laoportunidad de lanzarse sobre Hurk, y que éste iba a disparar sobre la reina del Sistema Uta, decidió intentarlo de todos modos, aun sabiendo que era prácticamente imposible lograr su objetivo de desarmar al comandante de la nave extraterrestre.

Justo en el instante en que Roy iba a arrojarse sobre Hurk, la gran Lya, en su lengua, gritó:

—¡«Zulo», ataca a Hurk!

La enorme fiera lanzó un rugido, mostrando sus poderosos colmillos, y saltó sobre Hurk.

Este, que se había revuelto como una centella, disparó sobre «Zulo» cuando ya el animal surcaba el aire.

Hurk no falló el disparó.

El rayo anaranjado que brotó de la boca del arma alcanzó a «Zulo» y la fiera, lanzando un alarido desgarrador, comenzó a desintegrarse rápidamente.

Hurk, sin perder un segundo, se volvió de nuevo hacia su soberana y el terrestre, dispuesto a acabar también con ellos.

No pudo apretar por segunda vez el disparador de su pistola, porque Roy Grahame, que se había lanzado sobre él con una agilidad prodigiosa, le golpeó en el estómago con la cabeza.

El cabezazo, tremendo, obligó a Hurk a lanzar un aullido de dolor, al tiempo que caía hacia atrás violentamente, perdiendo la pistola.

Roy cayó sobre Hurk, al que propinó un puñetazo en el rostro.

Quiso asestarle otro, pero Hurk detuvo el golpe con el antebrazo y un segundo después incrustaba los nudillos de su puño derecho en el mentón del terrestre.

Roy se vio impulsado hacia atrás.

Hurk, en lugar de lanzarse sobre Roy Grahame, lo hizo sobre su pistola.

Logró alcanzarla.

Pero no pudo hacer uso de ella, porque Roy saltó sobre su espalda como una pantera y le atenazó la muñeca derecha, al tiempo que con el brazo izquierdo le rodeaba el cuello, sobre el que empezó a

presionar con fuerza.

Hurk lanzó un rugido de rabia.

Sintiendo que le faltaba el aire, giró bruscamente sobre sí mismo, y Roy Grahame quedó debajo de él, pero sin soltarle el cuello ni la muñeca.

De pronto, Hurk disparó el codo izquierdo hacia abajo, clavándolo en el costado del terrestre.

Roy no pudo reprimir un grito de dolor.

Hurk repitió el golpe, en el mismo sitio.

Roy gritó de nuevo y su brazo derecho aflojó la presión que ejercía sobre el cuello de Hurk, gracias a lo cual, éste, además de llevar a sus pulmones el aire que necesitaba, pudo soltarse, dejándose caer hacia su derecha de forma brusca.

Lo que no consiguió fue la libertad de su brazo derecho.

Lo intentó desesperadamente.

Roy, por su parte, trató de arrebatarlela pistola.

La lucha era realmentetitánica.

Y no se vislumbraba al vencedor.

La gran Lya presenciaba la pelea con gran nerviosismo.

Hubiera querido ayudar a Roy Grahame, pero no encontraba el modo.

Pensó en llamar a los dos hombres que custodiaban la entrada a sus aposentos, pero no se atrevió.

Tal vez fuera peor para el terrestre, pues podían disparar sobre él en lugar de hacerlo sobre Hurk, quien, al fin y al cabo, era su comandante, y sería difícil explicarles en pocas palabras por qué Hurk y el prisionero terrestre luchaban titánicamente en el suelo.

Decidida, sin embargo, a hacer algo por Roy Grahame, la hermosa Lya se arrojó sobre Hurk y le mordió con saña la oreja derecha.

Hurk aulló de dolor.

Roy aprovechó aquel momento para propinar un duro golpe en la mano diestra a Hurk.

Este soltó el arma, muy a su pesar.

Trató de recuperarla de nuevo, pero Roy se lo impidió, empujándolo con su cuerpo hacia el lado opuesto.

— ¡Apodérate de la pistola, gran Lya! —indicó Roy.

La reina del Sistema Uta se desentendió de la oreja de Hurk, donde habían quedado las huellas de sus sanos dientes, y se lanzó sobre el arma, la cual consiguió atrapar.

Hurk, consciente del peligro que aquello suponía para él, logró deshacerse de Roy Grahame, propinándole un durísimo rodillazo en el estómago, y se arrojó sobre su soberana.

La bella Lya, sin dudarlo un segundo, accionó el gatillo de la pistola que empuñaba con firmeza.

Surgió el rayo anaranjado y Hurk lo recibió en el pecho/

El asesino del gran Osmón lanzó un grito escalofriante, aunque breve, porque inmediatamente empezó a desintegrarse.

Roy Grahame contempló la dramática escena con los ojos muy abiertos.

También la reina del Sistema Uta, con el rostro blanquecino.

En pocos segundos no quedó nada del canalla de Hurk.

Roy y la pálida Lya se miraron, en silencio.

El comandante de la Tritón-VIII se puso en pie, con alguna dificultad, y se acercó a ella.

Tomándola por los hombros, la ayudó a levantarse.

La gran Lya dejó caer la pistola de Hurk y se abrazó a él, temblorosa todavía.

—Ha sido horrible, terrestre... — musitó.

—Tranquilízate, gran Lya — dijo Roy, dándole unas suaves palmaditas a la espalda—. Ya pasó todo.

—Hurk era un malvado, el ser más ruin que he conocido jamás.

—Ya recibió su merecido.

En aquel momento se abrió la puerta y cinco hombres irrumpieron en

los aposentos de la soberana del Sistema Uta, llevando en las manos sendos subfusiles de rayos desintegradores.

Parecieron buscar con los ojos a Hurk.

La bella Lya, separándose de Roy Grahame, se encaró con ellos.

Antes de que pudiera explicar nada, sin embargo, uno de los hombres, el que había entrado primero, preguntó:

—¿Te encuentras bien, gran Lya?

—Sí, Yank; estoy perfectamente — respondió ella.

—¿Dónde está Hurk?

—Ha muerto. Le he matado yo, con su propia pistola. Hurk mató a «Zulo», y se disponía a matarnos también a mí y al comandante terrestre.

—Lo sé, gran Lya.

La reina del Sistema Uta denotó sorpresa.

También Roy Grahame.

El llamado Yank explicó:

—Fui al despacho de Hurk a consultarle una cosa, creyendo que él se encontraba allí, pero no estaba. Me sorprendió ver, sobre su escritorio, un receptor. Dominado por la curiosidad, me acerqué al escritorio y conecté el receptor, esperando escuchar algo interesante.

—¿Sabes, entonces, por qué Hurk quería...?

—Sí, gran Lya, escuché todo cuanto decía. Cuando oí que pensaba mataros a ti y al comandante terrestre, y culpar a éste de tu muerte, vine corriendo hacia aquí, dispuesto a impedirlo. Siento no haber llegado a tiempo de intervenir, pero me alegro de que Hurk no lograra sus propósitos, gran Lya.

Ella miró a Roy Grahame.

—El valiente comandante terrestre me salvó la vida, Yank. Gracias a él, vamos a regresar al Sistema Uta. Contaré a todos la verdad de lo ocurrido, y tú, Yank, podrás corroborar mis palabras, pues oíste por el receptor cómo Hurk admitía ser el único culpable de que en el Sistema Uta se produjese una revolución.

—Así lo haré, gran Lya.

Ella le sonrió.

—Podéis retiraros, Yank.

—Sí, gran Lya.

Los cinco hombres inclinaron respetuosamente la cabeza y salieron de los aposentos de su soberana.

Esta se volvió hacia Roy Grahame.

Sin decir nada, le pasó los brazos por el cuello y se pegó a él.

—Esta vez no nos interrumpirá nadie, terrestre — murmuró, y se dispuso a besarle en los labios.

Roy tosió nerviosamente.

—Espera un momento, gran Lya.

—¿Que espere? — pareció sorprenderse ella.

—Tienes que saber algo.

—¿Qué tengo que saber?

—Que estoy enamorado de una de las mujeres de mi tripulación.

La hermosa Lya pareció recibir un jarro de agua fría sobre su cabeza.

—¿Es cierto eso, terrestre?

—Sí, gran Lya.

—¿Y la quieres mucho?

—Mucho.

—Entiendo — murmuró ella, retirando sus brazos del cuello masculino.

Se apartó de Roy Grahame, profundamente desilusionada.

Forzando una sonrisa, adivinó:

—Por eso te resistías a besarme como un hombre debe besar a una mujer, ¿verdad?

—Sí — asintió Roy.

—Lo comprendo. ¿Cómo se llama la chica?

Roy titubeó.

—No temas, no voy a hacerle ningún daño — aseguró la bella Lya.

—Se llama Samantha — informó Roy.

—Samantha es una mujer afortunada, Roy Grahame.

—Gracias por decir eso, gran Lya.

—Vamos, quiero conocerla personalmente — dijo ella, cogiéndose del brazo de Roy.

EPILOGO

Los veinticuatro miembros de la tripulación de la Tritón-VIII seguían encerrados en la extraña sala, moviéndose inquietos de un lado para otro.

—El comandante Grahame está tardando demasiado — rezongó Alan Remick.

—No debimos permitir que esa hiena de Hurk y sus hombres se lo llevaran — masculló Peter Hopkins, apretando los puños.

—El tipo sólo dijo que su soberana deseaba hablar con el comandante Grahame — recordó Mike Bentley —. ¿Por qué hemos de pensar que le ha ocurrido algo al comandante?

—Porque esta gente no es de fiar, Mike — gruñó Lee Fowler—. ¿No oíste lo que hicieron con el comandante Walker y los doce hombres de su tripulación? ¿Y lo que más tarde hicieron con la Plutón-VI? Nosotros correremos la misma suerte.

Samantha Fleming intervino:

—No desesperéis, muchachos. Tal vez la tardanza del comandante Grahame se deba a que ésta haciendo lo imposible por salvarnos a todos.

—La doctora Fleming tiene razón — dijo June —. Debemos confiar en el comandante Grahame.

Todavía flotaban en el aire las palabras de la atractiva June, cuando la puerta se abrió y Roy Grahame, la gran Lya, y dos hombres armados con subfusiles penetraron en la sala.

Roy, que lo hizo muy sonriente, llevaba de nuevo su pistola de rayos láser en la funda.

Esto, unido al hecho de que la hermosa y escultural mujer de cabellos largos y dorados como el oro — todos adivinaron inmediatamente que se trataba de la reina del Sistema Uta, por la gran cantidad de joyas que lucía—, iba cogida familiarmente del brazo del comandante Grahame, hizo sospechar a los tripulantes de la Tritón-VIII que la situación había cambiado para ellos.

Y muy favorablemente, además.

Todos se quedaron mirando a la soberana del Sistema Uta.

—Qué rostro tan bello... — murmuró Remick.

—Y qué figura...—¡susurró Fowler.

—Es una maravilla...—musitó Bentley.

—Empiezo a explicarme por qué el comandante Grahame ha tardado tanto en regresar — rezongó Hopkins.

La rubia June, que estaba junto a Peter Hopkins, le clavó el codo en el hígado.

—Cállate, Peter — mascculló por lo bajo.

Samantha Fleming también había oído las palabrasde Hopkins.

Empezó a sentir unos celos terribles.

A Roy Grahame no le gustó nada el brillo que adquirieron los ojos de la doctora y se apresuró a soltarse de la bella Lya, a la cual presentó a los miembros de su tripulación, para, seguidamente, darles cuenta de todo lo sucedido.

Al saber que Hurk había muerto, que la Tierra ya no corría ningún peligro, y que todos ellos iban a quedar muy pronto libres, los tripulantes de la Tritón-VIII exteriorizaron su alegría como en ellos era costumbre, es decir, dándose abrazos y lanzando gritos.

Sólo hubo una excepción: Samantha Fleming.

Ni saltó, ni gritó, ni rió, ni siquiera sonrió.

Siguió observando fijamente a la reina del Sistema Uta.

Roy Grahame adivinó lo que estaba pensando la doctora.

La hermosa Lya, por su parte, no necesitó preguntar a Roy Grahame cuál de las mujeres era Samantha, lo adivinó inmediatamente.

—Es una mujer muy atractiva, terrestre — se limitó a decirle, en tono bajo.

Roy carraspeó.

—Me alegro de que te guste, gran Lya.

—Me parece que tiene celos de mí…

—Oh, no, qué tontería — sonrió nerviosamente Roy—. Ella sabe que la quiero, y que le soy fiel.

—La que sí lo sabe soy yo… — suspiró la soberana del Sistema Uta—. Bien; aquí debo despedirme de ti, Roy Grahame. Mis hombres os conducirán hasta el hangar, a todos vosotros y a las doce mujeres que formaban parte de la tripulación del comandante Walker.

—Gracias, gran Lya.

—Gracias a ti, terrestre. Nunca te olvidaré — prometió ella, emocionada, y acto seguido, ante la sorpresa de todos, se colgó del cuello del comandante Grahame y le dio un beso que valió por media docena.

Por media docena, también, habría valido la bofetada que Samantha Fleming le hubiera dado a Roy Grahame, caso de haber podido.

Tras el apasionado beso, que Roy recibió sin la más leve protesta, aunque también sin tomar parte activa en él, la gran Lya abandonó rápidamente la sala.

Los doce hombres de la tripulación rompieron a aplaudir, entre risas y frases como éstas:

—¡Menudo beso le ha dado la escultura, comandante!

—¡ Si casi le ha matado de asfixia!

—¿Voy por una botella de oxígeno, comandante?

—¡Es usted un hombre con suerte, diablos!

Roy Grahame dio un manotazo al aire y rogó:

—Basta ya, muchachos, por favor. Venga, cuanto antes nos veamos a bordo de nuestra astronave, mejor.

Guiados por los dos extraterrestres armados con sub fusiles, se trasladaron al gigantesco hangar.

Allí, al pie de la escalerilla de proa de la Tritón-VIII, vigiladas por otros dos hombres armados, se encontraban ya las doce mujeres que formaran parte de la tripulación de la Centauro-IV, las cuales lloraron de alegría al ver aparecer al comandante Grahame y los miembros de su tripulación.

Tras conversar brevemente con ellas, subieron todos a bordo de la astronave.

Minutos después, la Tritón-VIII ponía rumbo a la Tierra.

Roy Grahame buscó a Samantha Fleming.

La encontró en el dispensario.

Ella le miró duramente, sin despegar los labios.

—Samantha... — carraspeó Roy.

—No quiero saber nada de lo que pasó entre tú y la gran Lya, Roy Grahame — advirtió ella, esforzándose por dominar su ira.

—¡Pero si no pasó nada, Samantha!

—¡Ja!

Roy levantó la mano derecha.

—Te lo juro, Samantha.

—¡No jures en falso, Roy! —estalló ella.

—¡Estoy diciendo la verdad! La gran Lya me incitó a hacer el amor con ella, pero yo me negué. ¡Me negué, Samantha!

—¡No te creo!

—¡Pues eso fue lo que hice, maldita sea! Y le dije por qué, ¿sabes? Porque estoy enamorado de ti, y no deseo tener a otra mujer en mis brazos que no seas tú.

—Sí, ¿verdad? ¿Y qué me dices del beso que te dio delante de todos nosotros?

—Fue un beso de despedida, Samantha.

—¡ Fue un beso como para resucitar a un muerto!

—¡ Pero yo no se lo devolví! Te darías cuenta de ello, ¿no?

—¡No se lo devolviste porque no te encontrabas a solas con ella!

Roy Grahame endureció el gesto.

—Samantha, te estás ganando otra generosa ración de azotes en el trasero.

La doctora Fleming dio un salto hacia atrás.

Instintivamente, se llevó las manos a las posaderas.

—¡Como te atrevas a pegarme de nuevo, soy capaz de.,.!

—¿De qué, Samantha? — preguntó Roy, avanzando lentamente hacia ella.

—¡De..., de...!—tartamudeó la doctora, retrocediendo—. ¡De muchas cosas, Roy Grahame!

—Cítame alguna, anda.

—¡De ponerte un ojo negro de un puñetazo, por ejemplo! — gritó ella, mostrándole el puño derecho.

Roy se echó a reír burlonamente.

—inténtalo, vamos.

Samantha Fleming, cuya espalda había topado ya contra la pared, apretó los dientes rabiosamente y disparó el puño hacia la cara de Roy Grahame.

Este burló fácilmente el golpe y atrapó a la furiosa doctora, inmovilizándola por completo.

Samantha, dándose cuenta de que nada podía hacer por evitar la zurra, dejó de forcejear y murmuró, bajando la mirada:

—Roy, dijiste que la próxima vez sólo me darías diez azotes, no lo olvides.

Roy Grahame sonrió.

—No voy a darte ningún azote, sino a hacer una pregunta.

Samantha levantó la mirada, sorprendida.

—¿Una pregunta? — repitió.

—¿Quieres casarte conmigo, Samantha?

—¡Roy! —exclamó ella, abriendo mucho los ojos.

—¿Sí o no, fiera?

—¡Sí!

—Sabía que responderías afirmativamente.

— ¡Maldito vanidoso…! —rió Samantha, y le ofreció los labios, porque deseaba más que nunca ser besada por Roy Grahame.

El comandante de la Tritón-VIII no se hizo de rogar Lo deseaba tanto como ella…

FIN